

BOLETIN DEL INS- TITUTO



AMERICA NO DE ES- TUDIOS

VASCOS

S U M A R I O

En conmemoración del centenario del himno <i>Gernikako Arbola</i> , de José María de Iparraguirre. — Discurso del arquitecto D. Martín Noel	193
Discurso del nuevo socio del Instituto, D. Víctor Ruiz Añibarro: El bardo Iparraguirre	198
Alocución del ingeniero D. Pedro Mendiando	207
Discurso del socio del Instituto, Padre Francisco de Madina: Semblanza musical de Iparraguirre	209
Muxika'tar Kindin. — Ikastolnagusi bat	217
1596garren urtean Iruña'n argitaldutako atsotitz-biltza. — IV. Abendiko lañoa, euria edo egoa	219
Lenengo euskal elezti edo gramatika: Mikoleta'rena (1653-1953) ..	220
Isaac López Mendizábal. — Los sitiados por los romanos en Calahorra no fueron vascones sino celtíberos	224
Michel Iriart. — El centenario de la electricidad. Un vasco encendió hace un siglo la luz eléctrica en Buenos Aires	231
Informaciones	233
Libros y revistas	236
Inventario bibliográfico vasco (1892-1950). — Año 1901 (Continuación)	246
Indice del Vol. IV, año 1953, números 12, 13, 14 y 15	252

BOLETIN DEL INSTITUTO AMERICANO DE ESTUDIOS VASCOS

PUBLICACION TRIMESTRAL

INSTITUTO AMERICANO DE ESTUDIOS VASCOS

Presidente: Martín Noel Iribas, arquitecto; *Vicepresidente primero:* Dr. Elpidio R. Lasarte, abogado; *Vicepresidente segundo:* Dr. Ildefonso Gurruchaga; *Secretario general:* Julio Colombres Garmendia; *Secretario de actas:* Dr. Andrés María de Irujo; *Tesorero:* Dr. Eulogio Ayanz, abogado; *Protesorero:* Juan José Esperne, ingeniero. — José Urbano de Aguirre, ingeniero; Padre Fray Miguel de Alzo, capuchino. Dr. Vicente de Amezaga; Padre Fray Bonifacio de Ataun, capuchino; Dr. Pedro de Basaldua; Dr. Francisco de Basterrechea; Dr. Adolfo Bioy, abogado; Carlos Cucullu, ingeniero; Dr. Carlos Alberto Erro, abogado; Dr. Félix E. Etchegoyen, abogado; Dr. Miguel Ángel Etcheverry; Dr. Enrique de Gandía, abogado; Dr. Justo Garate; Pbro. Gabino Garriga; Leo Goti; Dr. Juan José Guaresti (hijo), abogado; Diego Joaquín Ibarbia, ingeniero; Michel Iriart; Antonio Lascurain, ingeniero; Dr. Isaac López Mendizabal; Padre Francisco de Madina, canónigo lateranense; Pedro Mendiondo, ingeniero; Ramón Mendizabal; Dr. Esteban Ochoa; Dr. José A. Oria, abogado; Víctor Ruiz Añibarro; Saturnino Zemborain, ingeniero.

Director: Gabino Garriga.

Colonia de Crónicos: Ituzaingó, F. N. D. F. Sarmiento.
Provincia de Buenos Aires. — República Argentina.

ADMINISTRACION: EDITORIAL VASCA EKin, S. R. L.
Perú 175 - Oficina 11 - Buenos Aires - T. E. 30-3210

Número suelto: \$ 6 m/n. arg.
Suscripción anual: \$ 20 m/n. arg.

Queda hecho el depósito que marca la ley.
Reg. Prop. Intel. N° 346.408.

Printed in Argentina.
Impreso en Argentina.

EL INSTITUTO AMERICANO
DE ESTUDIOS VASCOS

les felicita
las Pascuas de Navidad
y les desea
un Feliz Año Nuevo



Eguberri Eta Urteberri Zoriontsuak

EL INSTITUTO AMERICANO

EUZKALTZALEAK

les felicitas
opa dizkie bazkun
las Pascuas de Navidad

eta
y les besos

euzkeraren zale guztiari

EGUBERRI TA URTEBERRI

ZORIONTSUAK

Eguberri Eta Urteberriz Zoriontsuak

Adhesión de

J. I. I.

EUSKAL - ECHEA

COLEGIO DE NIÑAS

Dirigido por las
RELIGIOSAS SERVANTES DE MARIE D'ANGLET

Incorporado:
ESCUELA COMERCIAL — LICEO DE SEÑORITAS
ALLIANCE FRANÇAISE

SARANDÍ 735

BUENOS AIRES

Incorporado:
NORMAL — ALLIANCE FRANÇAISE
CONSERVATORIO

LLAVALLOL, F.N.G.R.

INSTITUTO DE VARONES

Dirigido por los
REVERENDOS PADRES CAPUCHINOS DEL PAIS VASCO

Incorporado:
AL COLEGIO NACIONAL PUEYRREDON
ESCUELA NACIONAL DE COMERCIO
AVELLANEDA

LLAVALLOL, F.N.G.R.

BOLETIN DEL
INSTITUTO AMERICANO DE ESTUDIOS VASCOS
USTEA EZ DA JAKITEA

Año IV - Vol. IV - N° 15 Octubre - Diciembre de 1953

EN CONMEMORACION DEL CENTENARIO DEL HIMNO
"GERNIKAKO ARBOLA"

de José María de Iparraguirre

El Instituto Americano de Estudios Vascos, cuyo órgano periodístico es el presente Boletín, se ha asociado jubilosamente al recuerdo de esta fecha que tiene la virtud de estimular y unir fraternalmente a todos los hijos de nuestra estirpe.

Al efecto fueron organizadas dos conferencias para los días 14 y 16 de octubre. La primera fue dada en el salón principal del Club Gure Echea, de Buenos Aires, por el nuevo miembro del Instituto y prestigioso escritor don Víctor Ruiz Añibarro sobre el tema "El Bardo Iparraguirre". Hizo la presentación del conferenciante al selecto auditorio nuestro Presidente, el arquitecto don Martín Noel Iribas.

La segunda, pronunciada en el Centro Vasco-Francés, corrió a cargo del ilustre compositor musical y socio fundador del Instituto, padre Francisco de Madina, con el título de "Semblanza musical de Iparraguirre", ilustrada y amenizada con la reproducción de varios zortzikos del homenajeado.

El presidente del Centro, ingeniero don Pedro Mendiondo, miembro del Instituto, precedió al orador con algunos párrafos de presentación y saludo.

Enriquecemos nuestras páginas con la publicación de tan valiosas disertaciones.

Discurso del arquitecto don Martín Noel

Previos los saludos de rigor, dijo:

Cábeme la honrosa satisfacción de iniciar en este acto que realizamos en "Gure Echea", hospitalidad generosa que cumplo en agradecer efusivamente, el ciclo que el Instituto Americano de Estudios Vascos consagra a la conmemoración del Centenario del Gernikako-Arbola y a su egregio autor.

Y de suyo, al ser confiada esta primera disertación al prestigioso director del periódico de la colectividad "Euzko Deya", don Víctor Ruiz Añibarro, implicará asimismo su pública incorporación como miembro de número de nuestro Instituto; acaso para que de tal suerte nuestro nuevo colega nos dé buena cuenta de su talento, bajo el signo por demás propicio del histórico suceso que celebramos.

Mas si a su palabra erudita y verbo literario queda confiado lo substancial de su significado, fuerza es ante todo el manifestar los sentimientos que promueven nuestra adhesión.

Cuando en las postrimerías del pasado siglo murió en el Caserío y Venta de Zozabarro el bardo famoso y levantóse pocos años después su estatua en Villarreal de Urrechu, túvose cabal conciencia de lo entrañable de la obra cumplida por el músico poeta creador de ese zortziko que estremeció el alma de los vascos. No era para menos si atendemos al contenido espiritual del himno solemne y apasionado a la vez que resultó ser, como entonces se dijo, un "Canto a la gloria de Euskaria"... Gloria en el historial libérrimo de un mundo poblado de varoniles hazañas y tradiciones vernáculas que vibraron en el corazón y en la voz del inspirado trovador guipuzcoano.

De colocarnos en el plano de la moderna crítica o historiografía del arte que juzga los procesos estéticos no con arreglo al riguroso conceptismo clásico, sino más bien como el fenómeno expresivo de la vida y de los hombres que engendran los hechos artísticos, podríamos acaso afirmar que esto ocurrió porque José María de Iparraguirre mordió en lo hondo de la entraña popular de Euskadi que era la suya, y por los cauces naturales de su sensibilidad y capacidad artísticas intuyó las fuentes donde radicaban las vivencias indelebles de la raza.

Por eso sus estrofas emocionadas, impregnadas de lirismo, encierran un mundo de imágenes y dilatados horizontes que traducen virilmente lo profundo del terruño vasco. Y por tanto, al hacerlo, su acento fue ecu-

ménico porque obedeció al diapasón de la libertad y de la esperanza, que son universales, más allá de lo terrígeno y de lo efímero de las pasiones humanas.

Por eso exclama:

*“¡Esparce tus frutos por la tierra!
Nosotros te adoramos, oh árbol santo”.*

Grandeza de alma hay ante todo en el himno inmarcesible.

Impresionismo también del arte euskaldún, cuyo simbolismo hecho de ideales abstracciones se conforma como de milagro al austero realismo de una congénita voluntad creadora.

Y en función de un puro ideal solidario, su verbo transformó lo individual en rapsodia colectiva. De ahí que los versos del Guernikako Arbola en multitud de vibraciones particulares tienen el eco de la conciencia y máscula fuerza del pueblo vasco entero.

Conjunción estética de intuiciones y sentimientos; espíritu y naturaleza que bajo el empuje emocional de lo religioso y de convicciones profundas trascendió en lo absoluto y genuino de su arte.

Sin duda, por eso mismo, el momento señero de la guerra de los siete años estuvo en la médula de su inspiración, románticamente dramatizada en el episodio de los fueros conculcados. Libertades forales que explican su presencia en las apretadas filas de los “Chapelzuris”.

El vasco defendía una vez más aquel régimen de libertad conquistado desde los tiempos medievales y siempre vivo en sus Municipios, en sus Juntas o Diputaciones como esencias de las añejas autonomías provinciales.

Por eso otra estrofa de su himno dice:

*“No deseamos guerra que en paz,
con nuestras leyes sabias,
libres y amadas deseamos vivir”.*

Bien supieron de todo esto los emigrados políticos que como Iparra-guirre no se avinieron al Convenio de Vergara y con ellos, después de deambular por el mundo, vino él también al Río de la Plata donde formó su familia, a tiempo que, sin saberlo, reivindicaba en lo histórico el renacimiento de lo vasco en el Nuevo Mundo.

Entelequia aventurera también, que anida en todo euskaldun y fuerza

de adaptación que lo induce a fecundar toda tierra que habite o descubra. Esto fueron los marinos, misioneros o colonizadores del proceso crucial; labradores, industriales, comerciantes o artistas después.

Aquí como allá, fue de tal modo Iparraguirre uno de los precursores de ese renacer del pueblo vasco que ha ido dando al mundo contemporáneo una pléyade de hombres ilustres en las artes, ciencias y letras.

Las instituciones fundadas y los estudios euskéricos desarrollados en todas las latitudes de su influencia dan acabada cuenta de ello y, para qué decirlo, en nuestro país, donde ningún vasco es extranjero y sus descendientes argentinos a orgullo tienen el pertenecer a su estirpe.

Tiempo es ya de volver a lo formal de estas palabras preliminares para decir que: don Víctor Ruiz de Añibarro será quien, con la autoridad que ostenta, evocará la figura del bardo ilustre, permitiéndonos, a través de los múltiples aspectos de una visión integral, el penetrar en lo hondo de su robusta personalidad.

Y ya que a un tiempo, como dijimos, incorporamos al dilecto director de "Eusko-Deya" a nuestro Instituto, añadamos que sus títulos de dramaturgo y novelista, de hecho lo acreditan para ocupar hoy esta cátedra, refirmando de consuno su alcurnia intelectual y enjundia euskalduna.

La segunda conferencia será la del padre Francisco de Madina, caracterizado miembro del Instituto, insigne musicólogo y autor de diversas composiciones, rapsodias y sonatas de singular significación artística e incluso de una ópera con letra del Ingeniero Carlos Cucullu, aún sin estrenar.

Esta disertación tendrá lugar en el Club Vasco Francés, precedida por palabras de su presidente, el Ingeniero don Pedro Mendiondo, cuya valiosa colaboración desde ahora agradecemos de particular manera.

El padre Madina nos dará otra visión de Iparraguirre cual es la que implica su "Semblanza musical". Ilustrará su decir ameno y erudito ejecutando al piano piezas del bardo y con la colaboración de varios cantantes que nos procurarán el privilegio de escuchar algunos de los notables zortzikos que tanta fama dieron al autor del Guernikako-Arbola.

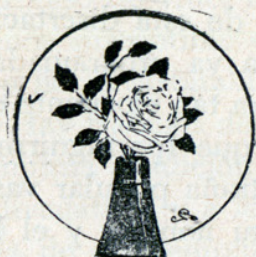
Se ha fijado para este acto la fecha del 16 de octubre en el deseo de dar un sentido de unidad al ciclo conmemorativo, puesto que además el día 23 el Laurak-Bat, por su parte, celebrará con igual propósito una tercera conferencia confiada al eminente escritor Constantino Del Esla.

De consiguiente, al adherir a ella el Instituto Americano de Estudios Vascos, formula su invitación a todos los aquí presentes.

Unámonos así en estrecho lazo espiritual en el recuerdo de un hom-

bre inmortal que supo interpretar el universal prestigio del árbol de Ger-nika, símbolo de las más auténticas tradiciones del pueblo vasco, bajo cuyas ramas seculares y sombra generosa dictó su ideario de democracia, mientras Reyes y Emperadores juraban sus leyes robusteciendo la incontestable grandeza de los principios morales y las virtudes que, sin énfasis, tanto de noble, grande y bueno han dado al mundo.

Señor Añibarro, os invito ahora con viva satisfacción a tomar posesión de esta tribuna.



de adaptación que lo induce a fecundar toda tierra que habite o descubra. Esto fueron los marinos, misioneros o colonizadores del proceso crucial; labradores, industriales, comerciantes o artistas después.

Aquí como allá, fue de tal modo Iparraguirre uno de los precursores de ese renacer del pueblo vasco que ha ido dando al mundo contemporáneo una pléyade de hombres ilustres en las artes, ciencias y letras.

Las instituciones fundadas y los estudios euskéricos desarrollados en todas las latitudes de su influencia dan acabada cuenta de ello y, para qué decirlo, en nuestro país, donde ningún vasco es extranjero y sus descendientes argentinos a orgullo tienen el pertenecer a su estirpe.

Tiempo es ya de volver a lo formal de estas palabras preliminares para decir que: don Víctor Ruiz de Añibarro será quien, con la autoridad que ostenta, evocará la figura del bardo ilustre, permitiéndonos, a través de los múltiples aspectos de una visión integral, el penetrar en lo hondo de su robusta personalidad.

Y ya que a un tiempo, como dijimos, incorporamos al dilecto director de "Eusko-Deya" a nuestro Instituto, añadamos que sus títulos de dramaturgo y novelista, de hecho lo acreditan para ocupar hoy esta cátedra, refirmando de consuno su alcurnia intelectual y enjundia euskalduna.

La segunda conferencia será la del padre Francisco de Madina, caracterizado miembro del Instituto, insigne musicólogo y autor de diversas composiciones, rapsodias y sonatas de singular significación artística e incluso de una ópera con letra del Ingeniero Carlos Cucullu, aún sin estrenar.

Esta disertación tendrá lugar en el Club Vasco Francés, precedida por palabras de su presidente, el Ingeniero don Pedro Mendiondo, cuya valiosa colaboración desde ahora agradecemos de particular manera.

El padre Madina nos dará otra visión de Iparraguirre cual es la que implica su "Semblanza musical". Ilustrará su decir ameno y erudito ejecutando al piano piezas del bardo y con la colaboración de varios cantantes que nos procurarán el privilegio de escuchar algunos de los notables zortzikos que tanta fama dieron al autor del Guernikako-Arbola.

Se ha fijado para este acto la fecha del 16 de octubre en el deseo de dar un sentido de unidad al ciclo conmemorativo, puesto que además el día 23 el Laurak-Bat, por su parte, celebrará con igual propósito una tercera conferencia confiada al eminente escritor Constantino Del Esla.

De consiguiente, al adherir a ella el Instituto Americano de Estudios Vascos, formula su invitación a todos los aquí presentes.

Unámonos así en estrecho lazo espiritual en el recuerdo de un hom-

bre inmortal que supo interpretar el universal prestigio del árbol de Ger-
nika, símbolo de las más auténticas tradiciones del pueblo vasco, bajo
cuyas ramas seculares y sombra generosa dictó su ideario de democracia,
mientras Reyes y Emperadores juraban sus leyes robusteciendo la incon-
testable grandeza de los principios morales y las virtudes que, sin énfasis,
tanto de noble, grande y bueno han dado al mundo.

Señor Añibarro, os invito ahora con viva satisfacción a tomar pose-
sión de esta tribuna.





*Discurso del nuevo socio del Instituto,
Dr. Víctor Ruiz Añibarro*

EL BARDO IPARRAGUIRRE

Señor presidente de Gure-Echea, señor presidente y señores miembros del Instituto Americano de Estudios Vascos, señoras y señores:

Son obligadas unas palabras cuando menos para agradecer al presidente de la Institución organizadora de este acto su amable presentación, que envuelve unos elogios innmerecidos y sin duda dictados en buena parte por el espíritu cordial de quien las ha pronunciado e impuestos por el ambiente fraterno en que se desarrollan estos actos. Cumpla esta obligación de agradecerle, con el mayor agrado.

En cuanto al significado de esta disertación que se me ha encomendado y que seguirá con otra ya programada, el arquitecto don Martín Noel lo ha expuesto de manera tan elocuente que no hay nada que añadir. El ha dicho a este respecto que Iparraguirre penetró con su obra en lo más hondo y noble de la entraña popular vasca, y esto justifica sobradamente la rememoración de su nombre y el homenaje a su himno en el primer centenario del mismo. Me remitiré, pues, al cometido que se me ha designado, es decir, a hablar de la figura de Iparraguirre y también de su himno, que viene a ser lo mismo, pues uno y otro están tan íntimamente asociados en la historia y en nuestra mente, que no es posible ya separarlos.

Acerca, alrededor y con pretexto de Iparraguirre y de su himno famoso se ha disertado y se ha escrito en una medida verdaderamente extraordinaria. He podido comprobarlo durante la busca de referencias de la canción y de su autor a que me he dedicado en estos últimos años, aunque dicha labor la he realizado sin ningún método. Ese enorme caudal de referencias ha visto la luz principalmente en revistas y diarios del país vasco y de América, sobre todo de la Argentina. La bibliografía que se les ha dedicado es más bien exigua, pero con las alusiones, evocaciones, jui-

cios, exaltaciones, estudios, disertaciones, etcétera, que han motivado, podrían llenarse muchos libros más. Ello no es extraño porque el tema es realmente tentador. La personalidad de Iparraguirre, como ustedes saben, es un tanto o un mucho novelesca, y su canto a la libertad tiene la sugestión de todas las composiciones de la naturaleza, más acentuada que la mayor parte de ellas. No era necesario más para que cuantos se han aventurado en el campo vasquista o la mayor parte de ellos echaran mano de este motivo, que está en la piel misma, por así decirlo, de la cultura y la historia de nuestro país vasco. En efecto, no hay más que asomarse a nuestro panorama espiritual para encontrarse de manos a boca con la estampa romántica de Iparraguirre, con su guitarra y con sus barbas garibaldinas. Y los que han padecido o padecen veleidades literarias y oratorias era muy difícil que ante un hecho tan insinuante se resistieran a la tentación de dedicarle un discurso, un artículo, un soneto o cuando menos una frase. En ese caudal escrito y oral que se ha vertido alrededor de esta figura y que, como queda dicho, es de un volumen extraordinario, abundan los trabajos literarios, y entre estos los hay de una manifiesta vagüedad y de una ambigüedad desconcertante y en cierto modo simpática. A muchos de los que se han ocupado de Iparraguirre, les ha bastado —ello se advierte muy bien en sus artículos— con saber que era un hombre de un porte gallardo dispuesto a levantar el vaso de vino, no sólo ante la libertad, sino ante todo aquello más o menos susceptible de ser puesto en solfa.

Esto no quiere decir que no haya también interpretaciones más profundas de nuestro personaje. Hay trabajos de un valor considerable desde distintos puntos de vista. La misma condición de este hombre parece prestarse mejor a lo puramente divagativo, y a lo poético, lo que explica perfectamente la preponderancia de este enfoque literario de que se le ha hecho objeto. En estas condiciones no extrañará tampoco que yo mismo, cuya labor literaria, o periodística más exactamente, se ha desenvuelto casi en su totalidad en las publicaciones de carácter vasco y vasquista, me haya ocupado reiteradamente de este mismo tema. Era inevitable en cierto modo. Desde mi adolescencia hube de escribir sobre Iparraguirre. Pero pongámonos la mano sobre el corazón y preguntémonos quien está libre de caer en ese pecado tan propicio que es el lugar común.

En cierta ocasión en que me ví en el trance de escribir una vez más sobre el bardo con la premura con que, según es bien sabido, han de realizarse las tareas periodísticas, se me ocurrió tratar de salir del paso con un cuento, no un cuento sobre Iparraguirre precisamente, sino sobre quienes se ven forzados a tratar de él.

El protagonista, que era justamente un periodista, por haber muerto de manera repentina, hubo de comparecer en la puerta del cielo sin mayores preparativos, lo que estaba muy de acuerdo con su condición profesional, ya que hasta el morirle parece que debe ser hecho de prisa también para un periodista. San Pedro, el portero celestial, según es de rigor en esta clase de cuentos, le pidió bonachonamente el salvoconducto de algún mérito aunque fuera a título de fórmula para poder permitirle el paso a la gloria. El postulante, en aquel compromiso tuvo una repentina inspiración.

—Allí en la tierra —expuso— en el país vasco concretamente, que es de donde vengo, tengo escritos como mil artículos sobre Iparraguirre.

Y San Pedro, con esa gran campechanía que le atribuye el vulgo no se por qué —si fuese San Pedro un santo vasco nuestros compañeros religiosos del Instituto podrían investigar sobre este aspecto hagiográfico—, San Pedro, digo, al oír aquello, casi no le dejó terminar y le atajó:

—¡Mil artículos sobre Iparraguirre! No me digas más, hijo mío. Pasa, pasa y descansa y goza de la eternidad, que bien te la has ganado.

Con lo expuesto no quiero insinuar siquiera que el ocuparse de este asunto constituya una manía o una banalidad. Nada de ese. Creo, por el contrario, que puede ser útil para nuestro país vasco y, sobre todo, que debe procurarse que tenga esa utilidad. Pero después de todo lo que se ha hablado y se ha escrito, especialmente después de las consideraciones que ha hecho aquí mismo hace un momento nuestro presidente, tan galanamente expuestas y tan agudas, parece que yo debería proceder como en las comedias de cierta época, en las cuales, al final de la representación, uno de los actores avanzaba hasta las candilejas y decía:

—Respetable público, esto es todo. La comedia ha terminado.

Sólo que, en realidad, esto no es todo. Todavía hay mucha tela por cortar en esta cuestión; aún puede hablarse mucho de Iparraguirre y de su peripecia. Ha ocurrido algo paradójico, aunque no nuevo, con este modesto personaje de nuestra historia. Ha sido tan traído y llevado, ha sido interpretado de manera tan varia y contradictoria, que hoy, a más de cien años de su muerte, nos encontramos con que es necesario “reajustarle”, valga la palabra, recomponerlo en su propia estructura. Su personalidad y su hazaña han sido invocadas por los adictos a la causa de la libertad y los derechos del pueblo vasco y por los mismos enemigos de la libertad y de esos derechos. Con el pabellón de su nombre se ha tratado de cubrir las más diversas mercaderías, algunas de ellas tan averiadas como el absolutismo político y el teocratismo de ciertos elementos y el falso liberalismo

de ciertos precarios liberales. Y, en general, la figura de Iparraguirre ha sido desmenuzada, desorbitada por un lado y por otro lado, se la ha minimizado, y aun trivializado. La verdad, en este caso, como en tantos y tantos otros, está entre uno y otro extremo, en la mitad, que es lo justo en esta ocasión y que, además, es lo físicamente correcto.

Lo cierto es que en este fárrago literario y oratorio de que he hablado y en esas encontradas apreciaciones se corre el peligro de que se pierdan definitivamente las líneas propias de este personaje. Es tal vez una pequeña necesidad histórica el recuperarle en sus verdaderas proporciones y en su auténtico significado. Pero ante todo, según creo, lo que importa salvar es su sentido humano y humanizante, eso que, como decía un pensador vasco precisamente, debe ser buscado por el hombre, y aun creado cuando no exista, en todas las cosas de la vida. Tanto más cuanto que esa profunda valoración de lo humano es como el fondo de nuestras mejores tradiciones, de las que merecen ser mantenidas. Consiguientemente, ese sentido es como el tuétano de toda acción vital y moral entre los vascos amantes de su auténtica personalidad y, desde luego, de todo empeño cultural que no tenga por meta estéril una mera erudición.

El esquema biográfico de Iparraguirre puede hacerse con muy pocos trazos. Resulta innecesario para la mayoría de este distinguido concurso, pero no del todo inútil para la hilación de esta charla. Siendo todavía un niño huyó Iparraguirre de su humilde casa paterna de Villareal de Urrechua, en Guipuzcoa, para alistarse como voluntario en el ejército carlista.

Luchó a lo largo de toda la guerra citada y fue herido varias veces.

Sus actividades bélicas le sirvieron por extraño caso para aprender a tocar la guitarra y componer canciones sentimentales y nostálgicas en la lengua de su país. Terminada la guerra, se expatrió y anduvo durante varios años por distintos países europeos, haciendo una vida bohemia y cantando incluso por los caminos, a la manera de un antiguo juglar. Regresó al país después de unos diez años de correrías, continuando allí su vida de cantante popular, hasta que en 1853, hace ahora un siglo, compuso el himno al árbol de Guernica, que dio a conocer por primera vez en Madrid y que luego cantó en los pueblos y aldeas de su tierra, enardeciendo a sus paisanos en el amor a las viejas libertades, como en Francia había enardecido antes a los franceses cantando La Marsellesa, y lo mismo que en Francia fue expulsado de aquel territorio, también fue expulsado de su país a título de perturbador del orden público. Regresó a los pocos años y, como tantos miles de vascos, dio en la idea de trasladarse a América. Apenas llegó a este continente, a la Argentina, cuando no tenía

otros bienes que su guitarra ni otros planes más positivos que seguir cantando, se casó con una paisana que hizo el viaje trasatlántico en el mismo velero. En el Uruguay se hizo puestero sin lograr con ello mayor provecho. Más tarde se convirtió en industrial cafetero en Montevideo, y en lugar de atender al mostrador se dedicó a cantar con los clientes, malogrando su nuevo negocio.

Su incorregible bohemia, su falta de sentido práctico no mejoró nada en el resto de su estada en América. En 1871 volvió a Euzkadi en un viaje que se proyectó apoteósico, pero que resultó el ocaso desvaído de su vida.

Al llegar ante las montañas pirenaicas después de casi veinte años de ausencia, hincó la rodilla en tierra en uno de aquellos ademanes teatrales adquiridos en sus andanzas románticas por Europa y cantó una de sus más bellas canciones, "Nere Etorrera", que juntamente con otras varias constituyen su aportación nada desdeñable al cancionero vasco. Volvió a cantar en su país el Guernikako Arbola, pero este periodo de su existencia de cantor de la libertad no fue sino el leve chisporroteo de una llama que estaba extinguiéndose irremediablemente.

Su vida terminó oscuramente y en cierto y triste paralelismo con el decaimiento del milenarismo fervor del pueblo vasco por sus libertades originarias. Había terminado el proceso de la abolición de esas libertades con la ley del 21 de julio de 1876, al fin de la segunda guerra carlista, ese proceso iniciado con la ley del 25 de octubre de 1839 dictada por aquel gobierno monárquico, hechura del estadista Espartero apenas terminada la primera guerra dinástica del siglo pasado en la que Iparraguirre tomara parte activa.

Este esbozo biográfico puede dar una idea aproximada de nuestro hombre. Si nos atenemos a la visión más generalizada de la gente vasca, ese hombre se nos aparecerá como un tipo desconcertante. No se trata de ese vasco realista, objetivo, que tiene los pies bien afirmados en el suelo, que procede con un sentido eminentemente constructivo. Y mucho menos es ese vasco que en América se halla instalado en la mente general: trabajador infatigable, de una honradez insobornable, esclavo de la palabra, amigo de la buena mesa, de mente recta sin circunloquios, expeditivo y que, en fin, como todos los vascos, según suele creerse comunmente, es cuando menos un poco lechero por una especie de tendencia atávica. Aquel hombre al que sólo le preocupaba la media docena de ovejas negras de su rebaño, según cuenta Grandmontagne, por fuerza ha de parecer un vasco absurdo, punto menos que inexplicable, casi estrafalario. Aparentemente está muy alejado de aquellos paisanos suyos de manos fuertes que

clavaron en las alambradas de estos campos casi todos los palos esquineros, que son, según parece, los más difíciles de colocar. Todos estos rasgos son realmente distintivos en la gente vasca, aunque, claro está, muchos tengamos que ampararnos humilde y discretamente en la excepción. Proceden sin duda muchas de esas cualidades de ese fuerte sentido vital que se da en el pueblo vasco y que es una de sus características fundamentales.

En otra charla sobre este mismo motivo he hecho una cita al respecto, que voy a permitirme repetir aquí. Se trata de una de las definiciones más acabadas, a mi juicio, de esa extraordinaria vitalidad de nuestra raza puesta por Baroja, a quien se deben atisbos magníficos sobre el carácter vasco, en boca de Zalacaín el Aventurero, quien dice que siente la necesidad imperiosa de traducir en actos lo que siente y lo que piensa, porque de otra forma eso que siente y que piensa se le queda dentro como un cuerpo extraño y se le pudre.

En efecto, el vasco, en general, no parece muy bien dotado para la contemplación ni menos para el ascetismo. Necesita actuar, hacer, obrar, como Zalacaín, como los alambradores de la Argentina.

También me voy a tomar la libertad de repetir un cuento que me parece muy expresivo y que tiene por escenario las típicas siete calles bilbainas. Se refiere en él que un sacerdote asistía a una anciana que habitaba en aquel paraje de la capital de Vizcaya y a la que trataba de preparar para el viaje eterno, y cercano sin duda, hablándole de las bienandanzas celestiales. La anciana, después de escucharle atentamente durante algún tiempo, le salió un día con esta inesperada conclusión:

—Mire, padre, todo eso que dice usted del otro mundo, ya será verdad; no digo yo que en el cielo no se estará bien, pero...

—¿Pero qué, hija mía?

—Nada, que en este *terser* piso de Barrencalle, mal del todo no se está tampoco.

Pareciera que los vascos lo interpretan todo desde ese punto de vista vital y que creyesen que esta vida con sus incitaciones, al menos con muchas de ellas, es una parte de la eternidad, lo que quizá no esté mal visto.

No es posiblemente una mera casualidad que haya sido un hijo del País, don Miguel Unamuno, quien alguna vez dijo que se sentía vasco por los treintaidós costados, quien, expresando esa ansia de vida, la misma que sentía la anciana del cuento, aunque, claro está, colocada en una esfera espiritual e intelectual mucho más alta, más trascendente, escribiera aquellas palabras tan conocidas en las que la apetencia de ser es ya pura angustia: "Con razón, sin razón o contra la razón, no me da la gana de morirme,

y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, sino que me habrá matado el destino humano. Como no pierda la cabeza o mejor el corazón, yo no dimito de la vida; se me habrá destituido de ella”.

La actitud de la anciana del cuento y la actitud de Unamuno, quizás la misma en el fondo, como digo antes, es sin duda una manera de ser de los vascos, de ese pueblo que por obra de esa energía vital ha podido subsistir étnicamente en su cuna en medio de un trasiego intensísimo de civilizaciones y de pueblos absorbentes, manteniendo incluso su idioma desde la prehistoria si hemos de atenernos al juicio de no pocos filólogos. Pero si en Iparraguirre no se manifiesta esa tendencia ancestral, ello no quiere decir que su figura apenas tenga otros valores representativos. Porque no es esa la única dimensión espiritual de su pueblo, hay por lo menos otra también fundamental.

Los vascos, contra lo que pueden pensar quienes se dejan llevar demasiado de lo convencional, no son precisamente un pueblo de alma sencilla, simple, sino, muy contrariamente, bastante complicados. ¿Qué menos, pues, puede atribuírseles que una segunda característica básica? Y esta segunda característica, que es el sentimiento de la libertad del hombre, y por consiguiente, de su pueblo, esa sí la representó Iparraguirre de manera ostensible, incluso en un grado extraordinario. Decía que esa característica tiene la forma de un sentimiento. He querido decir con ello que en los vascos no es sólo un concepto, una elaboración más o menos pura del espíritu, sino algo ingénito. Es así como se explica la viejísima democracia vasca, que no es sólo precoz sino que es también algo casi instintivo. Ese sentimiento de la libertad es como la levadura de la personalidad de nuestro pueblo.

Si se observan con alguna atención nuestros fueros se advierte que parecen girar sobre esa preocupación como sobre un eje, bien en lo que tienen de tendencia o bien en lo que tienen de expreso en esa dirección. Y en el fondo de todo ello está latente siempre el hombre, el rango humano. Difícilmente podría expresarse la estimación de los fueros de la persona humana más acabadamente que en el famoso lema de los infanzones de Obanos, surgido de aquellos remotos vascos en la misma cuna vasca, en Navarra, es decir, en el núcleo germinal de nuestra personalidad colectiva: “El hombre libre en la patria libre”.

La síntesis parece una anticipación de las más modernas concepciones de la libertad. Si el hombre es libre, la patria, que no debe ser sino una consecuencia del hombre, ha de ser necesariamente libre también. La patria independiente, libre, puede encerrar hombres no libres. Todos

sabemos que la humanidad se ha extraviado trágicamente en la estimación de estas ideas, en la equivocada colocación de las premisas de este silogismo.

Decía que Iparraguirre ha sido uno de los “sentidores” y uno de los pregoneros más extraordinarios de esa devoción a la libertad en la que se inspiró y se conformó la vida colectiva de su pueblo. Este fue el hombre singular, el que sintió la libertad y la cantó por el mundo; el intérprete de esa dimensión espiritual de su raza; el que matizó también con su conducta la vieja personalidad éuskara, asumiendo ese giro romántico que también se da en ella y que produjo tipos que van por el mundo por el placer de recorrer todos los caminos, sin cálculo, sin metas utilitaristas. Yo refería en otra ocasión que esta clase de individuos no son del todo extraños en nuestro paisaje humano. Un escritor del país ha pintado en uno de sus libros algunos de ellos.

En uno de esos pasajes cuenta que dos bilbainos iban paseando por la orilla de la ría en el momento en que un barco descendía hacia el mar abierto para dirigirse a los puertos de ultramar. El capitán, que iba en la borda, se saludó con uno de los paseantes, del que era amigo.

—¿A dónde vais? — preguntó el terrestre.

—Ahí, a Filipinas — responde el Capitán, con esa familiaridad con que los marinos vascos tratan a los océanos. — ¿Quieres venir?

—No hay inconveniente — responde el paseante.

El capitán hace descender un bote al que salta su amigo subiendo a bordo por una escala. Pero antes de embarcar, el paseante le pide a su compañero de paseo:

—Mira, vete a mi casa y dále a mi mujer que esta noche no voy a cenar.

Y, en efecto, no volvió a cenar en el curso de diez o doce años.

A esta especie de psicología pertenecía sin duda Iparraguirre, que también salió un día de su casa barbilampiño para ir al colegio y regresó doce o quince años después con unas barbas que le llegaban a la cintura, según refiere una de sus más conocidas anécdotas.

A esta clase de individuos se les designa en Bilbao y algunos otros lugares con una palabra que se ha ido extendiendo por todo el país: *arlotos*, que en esos lugares del país quiere decir despreocupados, bohemios, gentes sin un gran sentido de las cosas. En otros lugares ese vocablo, importado de Castilla según algunos, tiene otras acepciones varias. También, en general, se designa a esas personas, sobre todo entre los aldeanos y con cierto barrunto filosófico, *insustansiales*, es decir, desentendidos de la substancia, no materialistas.

Este, repito, es el hombre. Falta ahora considerar el medio en que se desenvolvió, en que fraguó su obra y, sobre todo, su manifestación máxima, el himno que ha perpetuado su nombre.

En el año 1853, cuando lo dio a conocer, hacía ya unos quince años que había terminado la primera guerra carlista, en la que el pueblo vasco había sido embarcado a título gratuito, porque lo cierto es que no tenía intereses propios que defender en ella. Los dos bandos contendientes, carlistas y liberales, partidarios de Carlos V y de Isabel II, que se disputaban la corona de España, utilizaron los fueros como banderín de enganche en el territorio vasco, que se hallaba al margen de aquella disputa dinástica. Aquel cuadro histórico lo conocen bien la mayor parte de los que tienen la atención de escucharme y sólo me referiré a él muy someramente.

La guerra terminó con el convenio de Vergara, donde los carlistas depusieron las armas y donde Espartero juró mantener y aun defender los fueros de su país. No obstante, poco después se dictaba la ley de octubre de 1839 en la que se disponía la "confirmación de los fueros sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía", condición esta que constituyó el portillo por donde se introdujeron todas las demás leyes posteriores que fueron aboliendo las viejas libertades vascas hasta derogarlas totalmente con la ley de julio de 1876 dictada después de la segunda guerra carlista, en la que los vascos fueron ya con un motivo propio, puesto que en ella defendieron realmente los fueros que ya habían sido quebrantados. El condicionamiento de la cláusula mencionada tan comentada ya, fue como una trampa en la que cayó el pueblo sencillito.

En ese momento, entre las dos guerras carlistas, cuando la organización político jurídica del país estaba ya socavada por la monarquía unitaria, negadora de hecho de las realidades históricas de los territorios en que reinaba, fue cuando Iparraguirre, de vuelta de sus correrías bohemias por Europa, escribió su himno y lo dio a conocer en Madrid, para luego pasearlo como una bandera por su tierra hasta el momento en que fue expulsado de ella por los agentes monárquicos.

(Continuará)



ALOCUCION DEL INGENIERO D. PEDRO MENDIONDO

Como presidente de esta casa, abierta a todas las manifestaciones culturales y, además, como miembro del Instituto Americano de Estudios Vascos al que me precio de pertenecer, debo, ante todo, señoras y señores agradecer vuestra presencia que demuestra el acierto tenido por el Instituto, al realizar estas reuniones en recuerdo de José María Iparraguirre y celebrando el centenario de su canción, "El árbol de Guernika", que fue después adoptada como himno de los vascos.

Ya, antes de ayer y en el acto que tuvo lugar en la Sociedad hermana Gure Echea, el presidente del Instituto, arquitecto don Martín Noel Iribas, se refirió a la significación de ese himno, y luego don Víctor Ruiz Añibarro nos habló del bardo que lo compuso, evidenciando cuán hondamente ha buceado en su vida y en su alma.

Nada, pues, podría yo agregar a lo que fuera expresado con tanta amplitud y con un análisis tan consciente. Por esto, al cumplir esta misión mía, de prologuista breve, me limitaré a señalar el sentir de un poeta ante la canción de Iparraguirre.

Ese poeta, Pierre Espil, ha dedicado al Gernikako Arbola, a raíz de su centenario, una hermosa poesía escrita en francés, que ha sido publicada en el último número del Boletín del Instituto.

El bardo vasco compuso, también, otras canciones y de ahí el motivo de la conferencia que sobre una "Semblanza musical de Iparraguirre" hoy nos brindará el padre Francisco de Madina, a quien tendré el honor de presentar.

Conocí al padre Madina hace diez años, en 1943. Ese conocimiento fue a través de un trabajo suyo denominado "La música vasca", que en ese año publicó la editorial Ekin, en el mismo tomo en que reproduce una conferencia dada en 1921, por otro intérprete musical extraordinario, el padre Donostia, que versó sobre "Cómo cantan los vascos".

El padre Madina puso allí de relieve, no sólo su cultura artística,

sino también un conocimiento completo de la música vasca, que le permitió seleccionar en forma cabal, las más bellas melodías.

Pero aparte de esto, el padre Madina ha demostrado poseer una personalidad capaz de encarar los más diversos géneros musicales, y así es que cuenta en su haber con una ópera, "Flor de durazno", un oratorio, "La cadena de oro", varias cantatas, cinco misas, tres rapsodias para orquesta y coro, un Tríptico de Navidad, dos oberturas para orquesta, dos cuartetos, un trío, varias sonatas, dos series de música para escena y numerosos himnos, motetes, piezas para piano, arpa, órgano, chistu, etc., etc.

Sus obras han recibido el espaldarazo de la crítica y el aplauso del público en Buenos Aires y en las principales ciudades argentinas y americanas.

En 1936 recibió un primer premio por su Himno Oficial del Congreso Mariano celebrado en Oñate, su ciudad natal —porque el padre Madina es oñatiarra, ¡si, si!—.

Ha triunfado en varios concursos, mereciendo destacarse, en particular, uno de ellos realizado en 1949, en el que tomaron parte cuarenta compositores.

Habría, aún, mucho que agregar, pero lo mencionado ya, nos dice claramente cuál es la personalidad de nuestro disertante.

Y como imagino al auditorio ansioso de escucharlo, pongo fin a mis palabras.





Discurso del socio del Instituto, P. Francisco de Madina

SEMBLANZA MUSICAL DE IPARRAGUIRRE

Creo que no tomará a mal, nuestro gran Iparraguirre, ni tampoco ustedes, que en homenaje a este Centro Vasco Francés que tan gentilmente nos brinda este estrado, hagamos una pequeña incursión inicial a la campiña deliciosa de Laburdi para evocar a un alma gemela de Iparraguirre en muchos aspectos; de paso corroboraremos las hermosas ideas sobre confraternidad de los vascos de ambas vertientes del Pirineo que acaba de proclamar el doctor Mendiondo.

Situémonos en el año 1853, año memorable que estamos evocando hoy y sorprenderemos en Hasparren a un joven sacerdote, don Gracien Adema, el inmortal "Zaldubi", entregado con todo su ardor juvenil a arrancar a su alma de exquisito poeta estrofas pletóricas de unción religiosa y de profundo vasquismo. Su estro alcanzará un vuelo lírico pleno, una musicalidad armoniosa y un acento tradicionalista vibrante en su magnífico poema "Gauden eskualdun gu" (Permanezcamos vascos), lema que constituirá el *leit-motiv* del gran "Zaldubi", quien superará con mucho a su coterráneo "Beltzuntze" y hasta a Iparraguirre en quilates de inspiración.

Bastarán dos estrofas para ponernos en contacto con la inspiración pura y fervorosamente vasca que campea en "Zaldubi", a quien tributamos gustosos un homenaje de admiración y gratitud.

Agur eta ahoro Eskualerriari

Lapurdi, Basa-Nabar, Zibero gainari

Bizkai, Nabar, Gipuzko eta Arabari

Zazpiak bat besarka lot beitez elgarri.

(Saluda a las siete regiones y les ordena se fundan en un solo abrazo mutuo).

*Orduan gure alde aihuz zauden oro;
Bere laurretan nausi eskualduna bego
Frantziak ta Espaiñiak, bai orai, bai gero
Deus khendu gabe dute geriztatu gogo.*

(Quede el vasco en su tierra como dueño y señor; Francia y España deben respetar sus derechos ahora y y después).

Una derrota determina la vocación de nuestro bardo; espolea su inspiración y lo lanza por esos mundos en procura de experiencias y resonancias de las que se saturará su alma para retornar a su querencia inflamado en devoción y fervor foral que tendrá su eclosión máxima en el inmortal himno cuyo centenario conmemoramos.

En la hermosa evocación que ha escrito don Víctor Ruiz de Añibarro bajo el sugestivo título "El árbol dio una canción" y que debió estrenarse este año, pero que por circunstancias, que no es del caso analizar, ha quedado a la espera de días mejores, tenemos al final del primer cuadro una pincelada muy expresiva sobre la resolución que toma Iparraguirre en el momento crucial que le depara el cese imprevisto de hostilidades en la guerra carlista. El abrazo fatídico de Vergara ha liquidado una guerra, pero ha dejado un rescoldo de otra guerra interior, espiritual, no por menos cruenta, menos cruel y despiadada.

SOLDADO 1º. — Pero entonces, ¿qué piensas hacer?

IPARRAGUIRRE. — No sé. Iré por ahí. Tal vez pase el Bidasoa esta misma noche. Recorreré Francia y luego... ¡Dios dirá!

SOLDADO 2º. — Pero..., ¿que harás en el extranjero?

IPARRAGUIRRE. — Tocaré la guitarra, cantaré... Aquí hay mucho luto, muchas lágrimas, mucho rencor... y... no podría cantar. Tendré que hacerlo lejos... Porque necesito cantar...

SOLDADO 3º. — Ese no es el mejor oficio para ganarse la vida...

IPARRAGUIRRE. — Tampoco los pájaros cobran por cantar y viven...

SARGENTO. — (*Que se ha aproximado.*) Pájaros tienes tú en la cabeza.

IPARRAGUIRRE. — No digo que no, pero no me los espante usted...

SARGENTO. — ¡¡¡Espante!!!... Ese no es lenguaje de un soldado...

IPARRAGUIRRE. — Ya no soy soldado.

SARGENTO. — Uno nunca deja de ser soldado cuando ha sido realmente

soldado. (Con mucho énfasis. Toma un fusil del vivac.) Este fusil que es el símbolo de las virtudes...

IPARRAGUIRRE. — (Interrumpiéndole.) ¿Me permite? (Toma el fusil de sus manos. Con afectada grandilocuencia ante el asombro del sargento.) Por lo que este fusil simboliza... (Lo golpea contra el muslo derecho partiéndolo en dos. Toma su guitarra que estaba en el vivac, saluda con la mano y se aleja.)

Una guitarra fue la compañera inseparable de Iparraguirre. Francia, Italia, Argentina y Uruguay supieron de las improvisaciones y también de las interpretaciones cálidas de un sinnúmero de canciones del más variado género y color que iban prendiéndose de su guitarra en el extenso periplo de este bardo errante. Ese instrumento inadecuado para alentar y descifrar el alma musical vasca amparó y subrayó sin embargo con sus rasgueos las efusiones líricas y dramáticas de nuestro vate, pero los éxitos de Iparraguirre no lograron redimir a este instrumento de su inadaptabilidad en el país vasco. La famosa guitarra duerme ahora en una vitrina de la Casa de Juntas de Guernika, asombrada quizá de su soledad.

Si hemos de dar crédito a Manterola, la primera composición conocida de Iparraguirre es aquella que nos presenta su pobre guitarra como el único tesoro en el haber del artista vasco improvisado. La canción la intitula *Kantari Euskalduna* (Canción Vasca).

Ya refleja Iparraguirre su estilo particular, alejado de preciosismos literarios, y afecto a los periodos musicales de elegancia rotunda y señorial.

Es indudable que la inspiración le llegaba de improviso y a borbotones. Seguramente no se daba tiempo para ponerse en pose, como el famoso escritor francés Buffon quien no podía entrar en trance sin ponerse su chaqueta con mangas de encaje y sentarse ante una mesa de caoba.

Digno hermano mayor de nuestros bersolaris o koblakaris (payadores) Iparraguirre daba rienda suelta a su inspiración y sus versos que si no de una forma impecable, por lo menos de una fluidez armoniosa, conjugaban el sabor jugoso lugareño con acentos de honda emoción. Improvisaba y por lo mismo modificaba continuamente sus composiciones, multiplicando las versiones y originando con ello las dudas que en vano tratamos de disipar pretendiendo establecer versiones auténticas y definitivas.

Sobre la vida de Iparraguirre, que Manterola califica de "borrascosa

y accidentada" ⁽¹⁾, ha hablado largo y tendido el señor Ruiz Añibarro en su conferencia.

Tan solo veremos como perfilaban su retrato sus contemporáneos ⁽²⁾.

"Entre los bardos populares de la Euskalerría no hay uno que lo sea más, ni que haya adquirido más renombre dentro y fuera del país que el insigne Iparraguirre. Poeta y músico a la vez, lleno de juventud y vida, dotado de arrogante figura, robusta y flexible voz, y excelentes disposiciones de artista, con una pobre guitarra por única compañera de sus alegrías y fatigas, recorrió durante sus mocedades, a semejanza de los trovadores de otros tiempos, gran parte de España y Europa, electrizando a sus paisanos, que reían y lloraban a la par de la guitarra de Iparraguirre.

"Este bardo vasco es artista de corazón y sus producciones se distinguen, no sólo por su entrañable amor al país, que caracteriza a todos los poetas euskaros, sino también por su varonil acento, por la energía de la frase, por la grandeza del pensamiento.

"Iparraguirre cuenta hoy (1877) cincuenta y ocho años escasos, y aunque los trabajos y penalidades han conseguido doblar un tanto aquel cuerpo entero y esbelto, señalando en el rostro las huellas de la ancianidad, conserva todavía joven y alegre su corazón, vivo el entusiasmo hacia su país y hacia su patria, que lejos de amenguarse ha crecido con el tiempo y la distancia. Posee bien las lenguas castellana, francesa e italiana, cuyas literaturas conoce bastante y sigue cultivando con el entusiasmo y amor de siempre su nativo idioma. Su figura es verdaderamente bíblica. Bajo la corteza de un anciano conserva el candor y la ingenuidad de un niño, junto con la experiencia de una larga y agitada vida; y no es fácil a veces adivinar, al verlo, si ríe cuando llora o llora cuando ríe".

Tratándose de las canciones de Iparraguirre no nos será posible sustraernos al embrujo del "zortziko", esa modalidad rítmica que cultivó con preferencia nuestro protagonista.

Pero, aún a riesgo de incurrir en explicaciones un tanto fatigosas, voy a señalar que esa denominación, tan generalizada para designar el compás quebrado de 5/8, tiene su aplicación propia y genuina en un determinado género de estrofa de la poesía vasca. De la poesía derivó sin lógica alguna hacia la música creando un confusionismo lamentable.

Nos dice Leizaola ⁽³⁾: "La más abundante, fácil y apropiada entre las estrofas de nuestros versos es el zortziko. —Y agrega—: Nos falta sin

embargo un análisis completo de él. Algunos ni siquiera adivinan qué es el zortziko”.

Y define así el “zortziko vasco”: “La estrofa que tiene ocho versos, de los cuales el primero, el segundo, el tercero, el quinto y el séptimo tienen cinco sílabas y carecen de rima y el cuarto y el octavo son trisílabos y llevan rima, es el *zortziko mayor*. Hay que señalar que nada tiene que ver con la octava castellana. Además del *zortziko mayor* tenemos sus derivados el *menor* y el *nuevo*. El *nuevo* nos muestra la estrofa conocidísima utilizada por Iparraguirre casi exclusivamente. A este zortziko se le llama también *falso* y tiene afinidad notable con el cuarteto alejandrino con rima aguda. Iparraguirre lo ha empleado con tanta fortuna como constancia, que bien merece su nombre esta estrofa.

”Se imponía esta aclaración respecto a este vocablo de uso tan generalizado, y que de la poesía pasó a la música en calidad de intruso, puesto que el guarismo “ocho” (zortzi) no ha podido gravitar en buena lógica sobre el compás quebrado. El ocho del denominador es un mero convencionalismo de equivalencia con la corchea”.

¿Podemos señalar un contenido tradicional popular auténtico en la producción de Iparraguirre?

No es fácil deslindar exactamente los valores permanentes de ese filón riquísimo creado por aportes de siglos y siglos y que constituye el poso de la tradición. La tradición es como una decantación del pasado, como el resultado de lo más representativo o bello de lo que ha sido y que pasa de edad en edad como la aguja entre dos telas uniendo y formando un todo, la trama... La tradición no es pues imitación sino el hecho donde lo viejo se convierte en nuevo y se adapta para reencarnarse en lo por venir. Como dice muy sagazmente el gran poeta inglés Elliot “es un fenómeno que vuelve a relacionarse con la vida misma después de haber sido consecuencia, es decir, retorna a la propia fuente que lo crea para matizarla con sus formas y colores. Tradicional no es, pues, lo que queda de una etapa de la historia sino lo que pasa de un tiempo a otro y sobrevive con vigor renovado”. Resumiendo, lo tradicional cumple su verdadera función cuando alienta un sentido histórico auténtico de vivencia.

Si fijamos nuestra mirada en los arranques de inspiración con los que plasmó Iparraguirre sus canciones y al mismo tiempo ponderamos la rapidez pasmosa con que la masa popular —maravillosamente intuitiva— asimiló esos girones poético-musicales, podemos sin extremar generosidades, incorporar el aporte de Iparraguirre al acervo tradicional popular,

no sin dejar constancia de que influencias varias destilaron el ácido en sus composiciones, no ciertamente para originar destellos sino lunares, porque hay que dar por supuesto que Iparraguirre perteneció a una época que nuestro Azkue calificó con luminosa paradoja “de hermosa y lamentable decadencia”.

Dice la sabiduría popular:

*Hasta que el pueblo las cante
las coplas, coplas son.
Y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe su autor.*

*Que al fundir el corazón
se gana en eternidad
lo que se pierde en nombre
en el alma popular.*

Anotemos la excepción que comporta el caso de nuestro bardo, ya que sus canciones, a pesar de la presencia del autor en la memoria de las gentes, han ganado ya “eternidad” en el alma y en el corazón del pueblo vasco.

En el copioso anecdotario que conserva ese archivo maravilloso, que es la memoria popular, vamos a elegir un episodio que merece los honores de una mención especial, ya que por sí solo basta para redimir a nuestro gran arlote de todas las —si se quiere— bellaquerías con que se ha pretendido mancillar su personalidad. Aquí se revela la calidad espiritual de un hombre humanitario, ungido con esa virtud que —como dijo muy bien Ruiz Añibarro— fue su santo y seña: “amor al hombre y a la libertad”.

En un lugar extranjero, que no interesa puntualizar, entraba nuestro bardo en un restaurante en momentos en que un músico ambulante, de cualidades poco relevantes finalizaba su actuación musical y se disponía a pasar el platillo. Lógicamente la cuestación rindió poco y nada. Inmediatamente subió al estrado Iparraguirre quien provocó con sus canciones vibrantes una verdadera salva de aplausos y una copiosa lluvia de monedas que se apresuró a depositar en el bolsillo de su colega de infortunio.

Este bardo que canta para vivir y vive para cantar, añora a su país durante su larga permanencia en el extranjero. Siente nostalgias aluci-

nantes. Padece hambre pero no mendiga. Sufre pero no maldice. Los únicos gritos de su rebeldía son sus zortzikos saturados de ternura y remembranzas. Quizá llora a solas mientras ensaya, y en esas lágrimas que brillan en sus ojos titilan los recuerdos.

Por eso cuando la providencia le depara el retorno a su patria, prorrumpe en una canción maravillosa. En un arranque descriptivo desfilan ante los ojos deslumbrados del poeta las montañas verdequeantes, los valles acogedores, los ríos serpenteantes, los caseríos querenciosos. Todo ese cuadro espléndido, envuelto en embriagadores efluvios espirituales, no pudo menos de excitar las fibras más finas del bardo trashumante, y brotó la página inmortal. La línea melódica que parece impulsada por un soplo tenue, es de una fuerza expresiva irresistible. El alma musical y la musa poética de Iparraguirre nos brindan algo prodigioso. Así lo ha entendido nuestro pueblo que sigue y seguirá regalándose con el perfume acariciador del *Nere Etorrera* (Mi Retorno).

Además de los tiernos afectos y los fervorosos acentos patrióticos, su lira emite gemidos de hondo patetismo. La popularidad que le granjeó su himno fuerista que acostumbraba interpretar con entusiasmo irresistible, despertó lógicamente los recelos de las autoridades madrileñas y esos recelos terminaron por sustanciarse en una orden de detención y expulsión del agitador de masas. Tamaño atropello desgarró el corazón del vate quien recurrió una vez más a su inspiración para condensar su dolor en sentidas estrofas revestidas de una música punzante y atormentada. El vuelo poético no fue la nota sobresaliente de nuestro bardo, pues trasuntaba demasiado fórmulas manidas y lugares comunes de nuestros clásicos bersolaris. Por lo mismo no nos hagamos la ilusión de topar a pesar de la presencia de una cárcel, con una "Balada de Reading" a lo Wilde; pero tampoco faltan elementos emotivos. La música supera a la letra en la canción *Nere amak baleki* (Si supiera mi madre).

Es evidente que todos llevamos en el fondo del alma una propensión innata a sobreestimar las virtudes de nuestro pueblo y las bellezas de nuestra tierra. Y es tal a veces la fuerza del impulso instintivo que los valores objetivos quedan completamente condicionados por lo subjetivo.

Cuentan de un turista inglés que frente a la meseta castellana, tan árida, observó a su acompañante castellano:

—¿Encuentra usted belleza en esta planicie? No hay duda de que el amor es ciego...

A lo que repuso el acompañante:

—Ciega es la indiferencia, sólo el amor sabe ver...

Iparraquirre, dotado de sensibilidad extraordinaria, había contemplado y admirado mucha belleza en los numerosos países recorridos por él durante sus largos y reiterados peregrinajes, pero sólo se extasiaba ante los paisajes encantadores de su querida tierra vasca y valoraba la calidad espiritual de su raza. Por eso en su despedida, al partir para tierras americanas canta loores a los países que ha conocido, pero para resaltar más la superioridad del suyo.

Agur Euskal Erriari (Adiós al pueblo vasco) popularísima creación de nuestro bardo es una vibrante y vehemente exteriorización de un cariño que calaba muy hondo en el alma de Iparraquirre.

(Continuará)





Ikastolnagusi bat

Guk noiz izango degu?

Salamanca, bertakoaren jaietan da. Etxe onek bere VII garren eunki jaietara ludiko ikastolnagusi guziera deitu die. Guk, gizon ikasiak izan nai duten mutil guzientzat Euzkadi'n ikastolnagusia nai degun guziok, jai ori egokia ikusten degu ta ikastolnagusi zarrari gure txalo beroena jotzen diogu.

Bertako irakasle batek, Antonio Nebrija'k, XV garren eunki azkenaldian, Amerika agertuko zanean, argitaratu zuen lenengo iztia kastilleraz,

Etxe ospetsu onek bere itzualdiak ere izan ditu, ta ikasiak izateko gaztedieri argi egiten jakin izan duten jakintsuenen artean gure gizonak ere bertan ikusi izan dira. Batez ere Bitori Aba, Larramendi Aba ta Unamuno aitatu bearrean gera.

Españi orain baño luze ta zabalago zanean, Carlos Quinto errege zanean berak agintzen zuen lurrean, eguneko 24 orduetan eguzkia beti ikusten omen zan. Ludi guzian agintari izateko ametsa kaskarrean zerman Carlos Quinto'ri, Salamanca'n irakasle zan gure Bitori Abak esan zion: "Zuk, errege jauna, aruntza bialdu baño len, Amerika'n ba ziran gizonak. Beren lurrean beraeri agintzeko ez dezu eskubiderik". Orrela, zuzenak, arroenari ere egia esateko bildurrik gabeak izan dira gure gizonak.

Larramendi'ren euskera zaletasuna agerian emen ipintzeko anitz luzatu bearko giñake.

Unamuno, euskaldun izatez kaskartuaz, "vasco" bezela Salamanca'n sendotu zitzaigun. Guk Euskadi'ko semeeri sorterrria maite dutela erderaz baño euskeraz naiago diegu entzun.

Besteentzat ikastolnagusi bateren urtebetetzea egoki dan bezela jai izaten ba da, ona dan gauza ori bera, guri zergatik debekatzen digute? Gure mintzaera zaindu, indarberritu, aberastu nai degu. Makiñat aldiz, Euzkadi'n, ikastolnagusi bat eskatuaz amaika oiua egin degu: bañan jaramonik ez digute egiten: laguntzeko ez digute entzun nai.

Mendiak elurrez zuritzen diran goi illuneko egunetan sukaldean, suaren ondoan aitonak etxeko txikieri ipui politak edestuko dizkie. Apaizaren aurrean txapela kendu bear dala; langille ta zintzoak izateko; gaiztakerietako bideetan iñoiz ez ipintzeko ta izbiderik ere sekula ez emateko esango die. Gure mutillak, langille ta onak, gizon egingo dira. Ortxe geldituko dira. Jareintasun alai apañeko mutil lerden, ernaiak, jakitez aberastuak izatera Salamanca'ra bialtzeko etxean dirurik ez dalako, ludiko jakintsue-ri eskua ezin eman ez gelditzen dira.

Lurrean ikusten dan gauza arrigarriena gizona da. Gizonak ona, jakinlandua, guzioren onerako ikasia izan bear du. Euskaldunak gure nor-
tasuna ez degu galdu nai. Arana Goiri, Azkue ta Kanpion'eren antzera goieneko mallara Euzkadi'ri argi ederra egitera igoko liraken gure mutil esnatu, bizkor asko, gurasoak urrutira ikastera bialtzeko dirurik ez dute-
lako, argirik gabe bean gelditzen dira.

Euskaldun eta ikasiak izan nai degulako, gure lurrean ikastolnagusi bat eskatzen degu, ta giltzapean sartzen gaituzte.

Salamanca'k egiten duen jaia, guretzat ezin izan da.

Buenos Aires'en 1953-Dagonilla-7.

Muxika'tar Kindin.



1596 garren urtean Iruña'n argitaldutako atsotitz-biltza

IV

ABENDUKO LAÑO, EURIA EDO EGOA

Ala da: Lotazillako lañoak dagerrenean, bitako bat etorri bear dala: euri-izatea edo ego-aizea sortzea.

Dakigunez, lañoa ta odeia ez dira gauza berdiñak.

Odeiak lurrari ikutu ezker, lañoak deritze. Beraz, atsotitz onetako arabera, Euzkadi'ko lurrari Lotazillako odeiak mun dagiotenean, euri edo egoa sortuko da.

Ego-aizea berotxu oi da, Kanzer tropiko'tik Europarantz dijoa ta. Euria, berriz, eziña dugu odeiak otzez estuagotuten ezpadira, ur tantoak erortzen utzirik.

Au dala ta, Lotazillako lañoak iragartzen dituzte Eusko-lurraldean ondore bi: aetako bat otzezko, beste bat berozko.

Atsotitz au, agiri danez, ez dagokio zillegiztiari ez gogoiztiari bederik, meteorizti edo egurastiztiari baizik.

Arzute egurastizti gutun bat: ez dituzute idoroko lurralde bakoitzarekiko zeatzik. Onelakoak jakiñak oi dira, geienetan, lurralde bakoitzaren ikaslientzat bakarrik.

Baiña nundik jayo ditezke jakintza onetako egi-gaiak, Pisiaren beste edozein jakintzarenak bezela?

Oar-ikaspenetik soillik: gure aurrean dagon izadiko gertagien eza-gutza izan bear baida.

Oar-ikaspén au erritarren artean asten da maiz, batzuen ezpañetatik bestien belarrietaraño igarorik, ezikasien jakintza edo folklorea irazan arte.

Astiro astiro, mendetako luzerara, erritar jakintsu orrek eraztu ta mintzatuten dituzte beren baipenak edo egiak, oraingoan dadirazogun bezelako esakun labur, argi, eder, mamintsuen bidez.

Lenengo euskal edo gramatika: Mikoleta'rena [1653-1953]

I

I D A Z T I A

Irureun urte igaro dira bilbotar apaiz onek "Modo breve de aprender la lengua vizcaina" deritzan gutuntxoa idatzi zunetik: uste dugu bada, okertuta dagola 1659 urtea Sorarrain'ek emanda. (Cat. de obr. eusks. 1216garren zenb.)

Ura izan gendun euskal elezti lenengoa, Larramendi Aitarena (1729) baño 76 urte, eta M. Harriet'arena (1741) baño 88 aurrekoa.

Zoritzarrez, ez zan bereala argitaratu, ez, egiz, Bilbo'n euskeldun irarlerik ez zan eta, bada 1596ganean. antxe irarri zuten Ostolaza'ren kristar Ikaspidea eta 1616ganean. Kapanaga'rena. Urte asko ezkerro (ezta jakiten noiz) gutunak jo zun London'go British Museum'era, eta bertan egonaldi luze ondorean agertu zitzaigun Barcelona'n 1881 urtean irarrita, birritan alegia: bai Revista de Ciencias Históricas'en, bigarren idaztian, bai bereziki, Sampere eta Miquel'tar Salbatore'n ardurapean. Urkijo'tar Jule'k aterazi zun berarentzat argazkizko edo fotografiko berritze bat British Museum'eko eskuidatzitik, et E. S. Dodgson'en lepotik berriz irarri zan Sevilla'n 1897garrenean.

Gutuntxikia da, benetan: 36 orrialdeko, laurdenean: baiña bere laburtasuna gora-bera, aski agertzen digu egillearen artezia.

Zetan? Jakin baizula euskal aditz bearrenak azaltzen, egitar atala ez azten eta neurtizlariai berai zerbait irakasten. Izan ere: *izen*, *izenorde* eta *eraskinez* mintzatu ondoren, *izan*, *egin* ta *egon* aditzak dakarzuki, iztegitxo bat eta elkarritz ugari artetzen ditu, ta (bakanagoa dana gure eleztilarietan) euskal izneurtu ta neurkinari buruz diardu.

Onez gañera, bere idaztiñoak aspaldiko gutunai dagokioten itzalgarritasuna du eta ereduizko irakaslearen itzak dauzka, gaur oituten ezpaditugu

ere, guziz jatorrizkoak diranak. Azkue'n Iztegi andian izendatuta dagozan idazleetakoa bat gure Mikoleta dugu, eta bertan irakurri ditezke arek zera-bilzkian onelako itzak: biz (bedi), bira (bitez), gu gare (nosotros seamos), zara zuek (vosotros seáis), gei emon (llamar), beatu (sepultar), min izan (sentir o tener dolor), ikuzkatu (ensuciar), ikuzka (sucio), ikuzla (lavandera), suskuldu (abrasar), butur (puño), erkame (ramo), adeg (sien), izal(asco), laun (liso), miska (liga para cazar pájaros), soigi (cuerdo), sutalde (brasero), onerean (desde aquí), garbienerean (desde la más limpia), e. a.

II.

BILBO'REN EUSKELZALETASUNA

Esku-idatzi onen izate utsak —argitaratu izan ezarren— darakusku nolabait garai artako bilbotarren euskalzelatasuna.

Gogaldu dezagun nor izan zan egillea eta nolakoa Bizkai'ko uri nagusia. Mikoleta'tar Errapael'ek, Bilbo'n 1611garrenean jayoak, Bilbo'ko apaiz- batzarraren burutza euki zun bein eta beste, noski Jakoba-Deunaren eleizan, edo bestela esanda, Bilbo'ko jauparietako garayena zuten: ala ere, bada, euskerea ikasi, landu, irakatsi ta zabaltzen ez zuen gutxi-etsi, askoz gitxiago lots-izan, guziz ostera baizik.

Zorionez, auxe izan genun gure eliz-gizon geyenen egikerea, eta orai-ñago ta geyago, alegia, Gotzañak berberak atera gabe.

XVIIgn. mendeko Bilbo'ri buruz, oartugarria dugu biztanleen milla gutxi idukiten zitula, 1860gn. urtean 18.000 eta 1450gnean. 8.000 zeuzkala jakiña da ta. Demagun, ikutzen dugun urtetan iduki izatea 14.000 biztanle edo 2.800 sendi: alaz ere, Mikoleta'k uste izan zun bilbotarraie eleztixo bat egoki ta onurakorra litzaiotekela: bai euskaldunai, obeki beren izkuntza erabiltzeko, bai euzko-erdaldun gogatsuai, ura ikasteko.

Oroitu bear dugu orduko Bilboa, zazpi kale ospatsuetako Bilboa, erdizka gutxienez euskalduna izan bide zala.

“Biografía de Arana-Goiri'tar Sabin” izena dun liburuan, 47 garren orrialdean, ikusi diteken 1442 urteko margirudi baten, agiri dira Bilbo'ko Zazpi Kaleak, aetako lauk urrengo euskerazko izenak darakuskitela: Arte-calle, Belosticalle, Barrencalle (La Susera), Barrencalle (La Yusera).

Izen oek ezezik, baita ere euskera izkuntzaz ba ditugu: onela banatuak: Arte-calle, Belosti-calle, Barren-calle, euskel erazpidez bakarrik ulererrezak diran esakuntzek.

Baiña, izan ezik uri bat erdizka euskelduna, eziña dirudi euskel eskuntzak bere kaleetako izenentzat autu izatea.

Alako uritarrentzat idazti zun Mikoleta'k bere eleztia. Geroztikako irureun urtetan Bilbo'ko auzotegiak ainbeste aldaketa eroan ditu: erdeldunak askotu dira irabazkiñ-usañez eramanda: aspaldiko eskubideak galdu zitzaizkigun: baiña guzi ori gorabera jau arrigarria! bere barrutian, urteka ugariago ta ederrago argitaldu ziran euskal eleztiak (Azkue, Arana-Goiri, Zamarripa, Cortés, Pizkundia, Arrugain eta besterena), ezarri zitzaizkien karrika berriak euskel izenak (Iturribide, Bidebarrieta, Salakoetxe, Aurrekoetxea, Buyagoiti, Elejabarri, Errotatxueta, Iturrizar, Zabalburu, Ibarrekolanda, Iralabarri, Iturburu, Iturrigorri, Olabeaga, Urazurrutia, Uribitarte, Abando Ibarra, Rekakoetxe, Rekaldeberri, Seberetxe, Tellaetxe, Uribarri, Zabalbide, Zorrozaurre) eta bildu zan euskeldunen zenbaki itzalgarria, Mikoleta'n aldikoak baiño euskalzaleagoa, atzerritar indar guzien aurka.

Euzkotar askok —eta arrotzak, alegia— uste oi dute Bilbo'n ez degula euskaldunik: bai zera! An jayotakoak lekuko onenak gera bertako aneika ta aneika biztanlek ederki gure izkuntza dakiela ta darabiltela, ez ezik mirabe ta morroiak, baita mota guziko langilleak ere, ez ezik urrengo errietatik eldutakoak, baita uriko erraietan sortuak ere. 1936garrenean zenbatzalleak Bilbo'ri ematen zizkion 20.000 euskeldun biribilki.

Jazoten da —ori bai— ango atzerritar eta eusko-erdaldunak geyenak dirala eta beren abotsez euskaldunena estali dirudite: besterik ez.

Ez deritxazu, irakurle maitea, Bilbon, erdera aldetik, euskerak daroan burruka ixillak Mikoleta'n egunetatik gaurdaño, kemendu egin bear gaitula illun edo koldartu bearrean?

III

EUSKERAREN BIURRIPENA

Esandakotik ondoretzen da, euskeraren gogor-egiteko indarra, mendetako luzera, ikuskatu nai badugula, ar dezakegu Bilbo eredu agiri bat bezala.

Mende asko igaro dira Ibaizabal'eko errietan diraula izkuntza biko gudak, eta guda onetako tokirik goriena izan genun eta dugu Bilbo'ko biotz zarra.

Abando, Deusto, Begoña (gaur Bilbo'ri erantsita), Erandio, Zamudio, Derio, Azua eta Txorierri'ko gañerakoak, arpegi ta bularra erderazko uro-

lari aurkeztuten dizkiote, euskerea ez galdu eta batera erdereak ikasteko gudantza erabilliaz, etsaia obeki jazartzeko asmoz.

Ez, al zerate noizbait arritu, ango baserritarrak eta uritarrak ere, ez ikasiak izan arren, ain bestelako izkuntza bi erabiltzen entzunaz, erdeldunak berriz beren bakarra erabilten bitartean?

Ongi bada. Bizkai'ko lurralde artan erderaren erasoak batez ere daroazkiana, burua dala ta, Bilbo dugu. Ez du berak Donosti'ren zoriona, alde guzietatik euskeldunak esitua. Guziz oster, burdin-bidez, bidezabalez, itsasoz, egaz ere, egunero elduten zaizkio ego ta sartaldetik gastelerazko gizataldeak: baiña, ipar eta sortaldetik, mota berorren bideetan zear, baita datozkio, eta uste zabalagoz beterik, ezpai gabe, erritar-eledunak ere.

Eta bertan, uri andiko karrika, zelai ta etxeetan jasoten dira izkuntza bien otsak: batak ollarraren burgoikeriz bere burua tokiko jauntxo bakarra uste dularik, besteak aspaldiko, garbi eta egiazko jabearen izketa otzanez ari eta ekinaz.

Gizadi eta mendeak, ludi-ortzea, entzualdi onetako aurrean dagoz gaur, Mikoleta'n alditan bezelaxe.

Jainkoak daki noiztiko dan eta noizarteko izango.



LOS SITIADOS POR LOS ROMANOS EN CALAHORRA NO FUERON VASCONES SINO CELTIBEROS

por Isaac López Mendizábal

La defensa de Calahorra contra los romanos que la asediaron en el año 74 a. de C., ha dado motivo a comentarios opuestos, pues mientras unos la ensalzaban, tanto en prosa como en verso, comparándola con el asedio de Numancia cuya resistencia titularon de "grandiosa gesta gloriosa", otros la han vituperado acremente. La tacha que estos últimos han dirigido contra los asediados, la apoyaban en la afirmación de algunos historiadores quienes decían que los sitiados habían recurrido al repugnante acto de haber devorado cadáveres humanos, hecho realmente censurable.

Anticipemos por nuestra parte que no creemos que el cruel acto fue cometido. No es conveniente tomar al pie de la letra todas y cada una de las afirmaciones de los historiadores. Nosotros, repetimos, no creemos en la certeza del brutal hecho. Sabido es que las páginas de la historia están plagadas de falsedades e inexactitudes que, lo hemos dicho en más de una ocasión, es preciso puntualizar y hasta rectificar.

Strabon, el famoso geógrafo asiático, dice (III, 4, 15) que: "Markos Markellos censura la afirmación de Polibio, según el cual Tiberio Graco destruyó trescientas ciudades, riéndose de ello, y achacándole el deseo de halagar a Graco, dando el nombre de ciudades a simples torres, como se suele hacer en las pompas triunfales". Y añade por su parte Strabon: "que bien pudiera ser que Markos Markellos tuviese razón, porque tanto los generales como los historiadores se dejan llevar a menudo a este género de mentiras, embelleciendo los hechos". (García y Bellido, "España y los españoles hace dos mil años, según la Geografía de Strabon", pág. 168, Espasa-Calpe, Buenos Aires). Se hace preciso, por tanto, examinar todos los sucesos con imparcialidad y sensatez.

Años ha visitamos las ruinas de Numancia, y se nos hizo difícil el poder creer que aquel pequeño recinto de 710 metros de largo por 320 de ancho, con un perímetro de 3.100 metros, hubiese podido resistir tan fuerte asedio como nos lo han contado, hallándose como se encuentra en un altozano privado de agua y atacable por todos los lados, y cuyas miserables casas, restos de las reconstruídas después del sitio, reflejan una pobreza máxima. ¿No habrá, pues, en todo esto, algo de la exageración de que nos habla Strabon, que antes hemos citado?

Es muy frecuente entre los llamados historiadores el que se vayan copiando unos a otros afirmaciones que alguno de ellos hiciera, sin detenerse a leer siquiera el texto

original o el más autorizado. Así ha sucedido, por ejemplo, con lo ocurrido en la misma Numancia. Floro y Orosio dijeron que todos los sitiados, al final, se dieron la muerte, lo cual es falso completamente, pues Polibio que presencié los últimos días del asedio dice que Scipión eligió cincuenta de los rendidos para exhibirlos en su triunfo. A pesar de esto, se vino repitiendo el falso y trágico final, que ha sido, inclusive, reproducido en cuadros en forma espeluznante.

Lo mismo diremos del sitio de Calahorra y del triste episodio atribuido a los sitiados de que comieran carne humana, hecho que, naturalmente, ninguno de esos historiadores lo presencié.

Los textos que hablan del caso en breves palabras son los de Exuperancio, Valerio, Máximo, Floro, Orosio y Salustio, en todos los cuales, por cierto, no se hace la menor referencia a que fuesen Vascones los que defendieron la plaza.

Pero había por parte de algunos, por lo visto, empeño de echar ese sambenito a los Vascones, y por eso recurrieron a citar un texto de Juvenal, que, como veremos, tampoco prueba dicho aserto.

En efecto, Juvenal (libro V, Sat. XV), después de referirse a la antropofagia que practicaban los egipcios añade que "los Vascones, según se dice, prolongaban la vida, antiguamente, con tales alimentos". "Vascones, haec fama est, alimentis talibus olim produxere animas".

Obsérvese que Juvenal, discretamente, no se atreve a lanzar por su parte una acusación tan grave, ni a afirmar nada contra los Vascones, pues, se reduce a manifestar que *según se dice* llegaban al extremo de comer carne humana, antiguamente, para alargar su existencia.

Recogió, pues, Juvenal, tan solo un rumor que pudo ser completamente falso, como lo son muchos de los rumores y acusaciones que se vierten sin fundamento en la historia. Conste, por tanto, que el famoso satírico no lanzó contra los Vascones acusación alguna, y menos que esa acusación se refiriese al sitio de Calahorra en relación con los Vascones.

En cambio de la alusión al Cántabro de la época de Metelo, ejecutando tan reprochable acto, cita que da pocos versos más abajo, pudiera deducirse que calificó de Cántabros a los de Calahorra, lo cual sería cierto, pues pertenecían a las gentes celtibéricas: "sed Cantaber unde Stoicus, antiqui praesertim aetate Metelli? No sabemos, realmente, a qué Metelo se refiere Juvenal, pues hubo varios cónsules de ese nombre desde el año 143 hasta el 80 a. de C. De referirse al último de los Metelos que aparecen, tal vez aluda al sitio de Calahorra, llamando Cántabros a los que la habitaban, lo cual era verdad.

Y ya que hablamos de Juvenal, anotemos el grave error en que incurrió Balparda en su "Historia de Vizcaya", pues nos dice en su tomo I, pág. 17, que este poeta "florece en el siglo I d. de C.", o sea un siglo después del asedio de Calahorra. Pero en el mismo tomo I, pág. 83, nos afirma que "más de trescientos años habían pasado también desde el sitio de Calahorra, cuando Juvenal escribe sus sátiras y entre ellas la XV, que alude a los vascos". Atribuye, pues, el historiador vizcaino, descuidadamente, al famoso poeta una longevidad de más de doscientos años, lo cual evidentemente es un error manifiesto que no rectificó en la Fe de erratas de su libro.

No ha habido, pues, un solo historiador antiguo que haya citado a los Vascones

como defensores de Calahorra, ni ningún texto del que se pudiese deducir tal afirmación.

Para poner en claro definitivamente el tema, aduciremos por nuestra parte dos textos, uno de Tito Livio y otro de Strabon que nos darán la razón completamente.

El de Tito Livio (frag. 91) se refiere a una notable marcha militar que efectuó en rápido movimiento el general Sertorio, y que nos pone en claro quiénes habitaban en Calahorra.

Efectivamente: nos hallamos casi al final de la guerra sertoriana, que duró ocho años, desde el 80 al 72 a. de C.

Sertorio, general romano venido a España, al saber que Sila se había apoderado de Roma, como dictador, se declaró independiente. Al tener noticia de que mandaban tropas contra él, se unió a los celtíberos y a otras gentes de la Península, entablado así una serie de luchas que duraron varios años hasta que fue traidoramente asesinado en Huesca en el año 72 a. de C.

El texto de Tito Livio que comentaremos se refiere a una audaz operación militar que hizo Sertorio para dominar el Ebro atacando la plaza de Varea, capital de los Berones que habitaban la orilla derecha del Ebro, cerca de la actual Logroño, pero que contaban frente a esa ciudad de Varea con un cerro fortificado, una cabeza de puente, llamada aún hoy el "cerro de Cantabria", posición que quería tomar el audaz general.

Es muy probable que tal vez fuese la misma Logroño de hoy, antes Lucronio, la Varea de entonces, cuyo nombre se ha perpetuado en un barrio insignificante de aquella ciudad, y en la cual no quedan ruinas ni restos de ninguna clase. Logroño, pues, suplantaría el nombre de Varea, como París el de Lutetia, Bayona el de Lapurdo y Villarrreal el de Urretxu en Guipuzcoa.

Roma tuvo la habilidad de practicar muchas veces lo que ha solido llamarse "política blanca", que fue la empleada por Scipión el mayor, por Greco, Marcelo y otros varios. Sertorio también la practicó, y así atrajo a su causa muchas gentes del país (Véase "Fontes Hisp. Ant." tomo IV, pág. 61).

Roma daba diversos derechos a las ciudades con quienes pactaba o a las que conquistaba. Plinio nos refiere (Véase "La España del siglo I de nuestra era", según P. Mela y C. Plinio, por García y Bellido, Espasa-Calpe, Buenos Aires, pág. 132), que había ciudades con derechos o concesiones diversas: con derecho romano "del de Colonia" (y entre estos los Calagurritani, llamados nasici, es decir los de Calahorra de cerca del Ebro); los de derecho latino viejo, y entre ellos los cascantinenses, y, finalmente, los estipendiarios, y entre estos los andelonenses, los iacetani, los pompelonenses y los *calagurritani*, apellidados *fibularenses*".

Sertorio, repetimos, llevó igual táctica, y luego veremos en el texto de Tito Livio, que mientras ataca a las ciudades de Gracuris y Cascantum, celtíberas, pero enemigas suyas, va a Calahorra "ciudad de sus aliados".

Los Vascones no eran *aliados* de Sertorio, sino de los romanos de Pompeyo, el cual tenía su plaza principal en Pamplona, que es en donde pagó el invierno del 75 al 74, a. de C.

Los vascos o vascones además, habían sido atraídos por la hábil política de los romanos, y el hecho es que jamás los hemos hallado en lucha con ellos. Ningún texto romano refleja pugna alguna que tuvieran ambos pueblos. ¿Cuándo fue el pacto, convenio o inteligencia entre los dos? Hay quien opina que este venía desde la primera

entrada de los romanos en la Península, el año 199 a. de C., lo cual sería muy posible. Las famosas luchas de Cantabria contra Roma no tuvieron lugar en el país vasco, ni eran contra los vascos, como equivocadamente se mantuvo por algunos historiadores, posición que fue ya desechada definitivamente.

Y apuntados todos estos antecedentes pasemos a estudiar el texto de Tito Livio que dice así:

*Haec secum agitans Sertorius praeter
Hiberum amnem per pacatos agros quietum
exercitum sine ullius noxa duxit*

*profectus inde in Bursanum et Cascantinorum et Gracuritanorum fines,
evastatis omnibus proculcatisque segetibus
ad Calagurrim Nasican sociorum urbem venit,
transgressusque amnem propinquum urbi ponte facto castra posuit.*

postero die...

dimissis eis, ipse profectus per vasconum agrum ducto exercitu in confinio Beronum posuit castra

postero die cum equitibus praegressus ad itinera exploranda, iusso pedite quadrato agmine sequi ad Varea validissimam regionis eius urbem venit.

Revolviendo en la mente estas ideas Sertorio llevó tranquilamente su ejército a lo largo del Ebro por territorio apaciguado, sin pérdida alguna.

continuando desde allí al país de los Bursanones, Cascantinos y Gracuritanos, luego de arrasarlo todo y pisotear las mieses, llegó a Calahorra Nasica, ciudad de sus aliados, y habiendo cruzado el río próximo a ella, por un puente que construyó, estableció el campamento.

al día siguiente... (se refiere a que mandó unos jefes a cierta gestión)

luego que los despachó, condujo el ejército por territorio de los Vascones y sentó el campamento en la frontera de los Berones.

al día siguiente adelantóse con la caballería a explorar los caminos y mandando le siguiera el ejército formado hábilmente en cuadro, llegó a Varea, ciudad poderosísima de aquella región.

La operación militar que describe Tito Livio estaba concebida perfectamente por Sertorio. A marchas forzadas pasó por Cascante y Gracuris, ciudades celtibéricas o celtiberizadas, que eran enemigas suyas, llegó a Calahorra que era de "sus aliados", hizo un puente para pasar el Ebro, que se hallaba próximo, a unos cuatro kilómetros, acampó en la margen opuesta que era de los Vascones, en cuyo terreno no hallaría oposición por la sorpresa y porque, seguramente, no habría en aquel momento ni poblados ni guarniciones, y se presentó seguidamente en la frontera de los Berones, los cuales tenían una plaza fuerte de gran potencia, la que interesaba a Sertorio tomarla inmediatamente.

La importancia militar de Varea, capital de los Berones, cuyo nombre perpetúa un pequeño pueblo o barrio contiguo a la actual ciudad de Logroño, no estaba en la ciudad misma, situada en terreno llano, y sin defensas naturales, sino en su plaza fuerte sita en la orilla opuesta del Ebro, con la que tal vez estuviese unida por un puente, del que nos habla Strabon.

El aún hoy llamado "cerro de Cantabria" era, pues, la fortaleza que Sertorio quería tomar para dominar el Ebro. El intentarlo por la margen derecha del mismo, aunque

hubiese conquistado previamente la ciudad de Varea, hubiera sido casi imposible, teniendo que atravesar el ancho río que defendía naturalmente esa fortaleza. Por eso quiso atacarla desde tierra, y por eso también hizo el puente cerca de Calahorra para cruzar el río Ebro, y continuó por tierra de los Vascones, presentándose de sorpresa ante el "cerro de Cantabria". Aun una vez delante de él, tanteó los caminos con la caballería, y después formó a su infantería en cuadro para atacarla con mayor seguridad. Todas las precauciones eran pocas, ya que sabía perfectamente que el cerro estaba fortificado con muros y subterráneos. En estos últimos, por cierto, una empresa conservera hizo hace unos años sus instalaciones para el cultivo de setas.

Tanto el P. Moret, el gran historiador navarro, como el erudito P. Flórez visitaron esas ruinas, y nosotros mismos tuvimos ocasión de hacerlo hace ya bastantes años, atraídos por tal curiosidad histórica.

Un detalle digno de ser apuntado es que el terreno que ocupa ese cerro, de una altura de unos 25 metros sobre el Ebro, y que, como antes dijimos, lleva aún el nombre de "cerro de Cantabria", es decir, de Keltiberia, porque a nuestro juicio ambas palabras son exactamente la misma, como lo probaremos en otro artículo, haya sido un terreno situado en la margen izquierda del Ebro, es decir, en terreno vascón, y hecho digno de notarse es que pasados dos mil años, ese cerro sea aún hoy perteneciente a la provincia de Logroño, es decir a la Celtiberia, y no a Alava y Navarra, cuyos confines se unen precisamente al pie de esta colina en su parte norte.

Hemos de anotar también, que está equivocado completamente Schulten (Fontes, obra citada, tomo IV, pág. 189) al afirmar que las tropas de Sertorio construyeron un puente sobre el río Cidacos para pasar a Calahorra. Según el texto de Livio, y siguiendo su narración, se ve que llegó con sus tropas a Calahorra, y después "habiendo cruzado el río *próximo* a ella, estableció el campamento", en terreno de los Vascones. El río Cidacos, que es un estrecho arroyo de unos diez metros, no está *próximo* a Calahorra sino tocando los muros de la ciudad, mientras que el río Ebro está cercano "*propinquum urbi*" próximo a la ciudad, como dice muy bien el texto. Sertorio que contaba con un fuerte contingente de infantería y de caballería, pudo así pasar tranquilamente el anchuroso cauce del Ebro, pues el Cidacos, riachuelo casi seco probablemente en esa fecha, tal vez el mes de junio, pues dice Livio que al pasar por Cascante pisotearon las mieses, sería fácilmente vadeable sin puente alguno.

Hemos querido dedicar al texto de Livio ese largo comentario por tratarse, según se cree, del primer texto en el que aparecen citados los Vascones, y se narra una operación militar realizada atravesando sus terrenos. La referencia última para nuestro tema de este artículo era, aunque concreta y definida, reducida a una mera frase, pero, repetimos, quisimos dedicarle al texto este comentario para darle la importancia que se merecía y cuyas referencias quedaban más valoradas por la detallada narración de la operación militar.

No es, sin embargo, muy seguro el decir que esta cita de Livio sea la primera en que se mencione a los Vascones, pues tal vez el interpolador del texto de Avieno en su "Obra Marítima" que debió escribir hacia el año 70 a. de C., según Schulten, los citó también.

En el texto de Livio, repetimos, ha quedado, pues, en claro, que los de Calahorra no eran vascones, sino aliados de Sertorio, es decir Celtíberos, o por lo menos celtiberizados.

Para completar nuestra tesis aduciremos un texto de Strabon, el cual por haber sido presentado en forma fragmentaria, se ha interpretado en el sentido completamente opuesto al que el texto expresa.

Plinio, que desempeñó un cargo público en la Península durante varios años, es el que nos ha dejado las noticias más exactas respecto a ciudades y gentes que la habitaban, por conocer personalmente el terreno. El nos habla de dos Calagurris, la llamada Nasica y la llamada Fibularense. De la primera no hay duda en cuanto a su situación, y es la Calahorra actual de junto al Ebro, citada también por Livio con igual nombre, que fue la sitiada por los romanos del general Afranio y tomada por ellos. En cuanto a la Calagurris Fibularense estaba, seguramente, en los Vascones. Y la explicación es clarísima. Dice así Strabon (III, 4, 10, trad. citada de García y Bellido, pág. 160): "Ambas poblaciones Ilerda (Lérida) y Oska (Huesca) con Kalagouris, una de las ciudades de los ouaskones, y las zonas costeras de Tarrákon y Hemeroskopeion, fueron testigos de los últimos esfuerzos de Sertorio tras de su expulsión de entre los keltiberes, y fue en Oska donde cayó asesinado".



Mapa actual de la zona del Ebro entre Tudela y Logroño, en el cual se puede seguir la operación militar de Sertorio. Desde Cascante va a Calahorra, en cuyas cercanías, y por medio de un puente que construyó, cruza el Ebro pasando a la margen izquierda perteneciente a los Vascones por cuyo terreno sigue hasta la frontera de los Berones para atacar a la fortaleza situada en frente de Varea (Logroño), cerro que aún hoy sigue con el nombre de "Cantabria" y que pertenece a la provincia de Logroño. Los confines de Alava y de Navarra pueden verse en el mapa en la parte norte de este cerro.

Alguien, utilizando solamente la primera parte del párrafo de Strabon, y haciendo caso omiso del resto, dijo que, según este escritor, Calahorra estaba en los Vascones, cuando es bien evidente que habiendo, como dice Plinio dos Calahorras, Strabon se refería en este texto a la Calagurris Fibularia y no a la Calaguris Nasica, porque Sertorio ya derrotado en su larga campaña, tras de su expulsión de entre los celtíberos se refugió hacia el Pirineo, y como dice el texto de Strabon, Ilerda (Lérida) y Oska (Huesca) con Kalagouris (la Fibularia), fueron testigos de sus últimos esfuerzos, hasta caer asesinado. Julio César, en su "de Bello Civili" (I, 60), cita también a esta Kalagourris contribuyendo con Oska.

Ahora bien, ¿dónde estaba situada esa Kalagouris o Kalagurris Fibularia? García y Bellido, obra citada, opina que tal vez fuese Loharre. Nosotros no tenemos idea concreta sobre el caso, pero desde luego parece que se trataba de una ciudad o lugar situado en el confín de los Iacetanos, o sea los de Jaca, que antiguamente habrían sido también Vascones, como se ve por la toponimia euskérica que sigue por toda esa región y continúa hasta en la provincia de Lérida (Véase Menéndez Pidal, Toponimia Prerromana Hispana, pág. 21 y sigs.).

Es, pues, evidente que cuando habló Strabon de que Kalagouris o Calahorra estaba en los Vascones, se refería a la llamada por Plinio Fibularensis y que estaba situada próxima o en la zona de Huesca y Jaca, y por tanto, muy lejos de la Calahorra actual del Ebro, de la Celtibérica, perdida ya por Sertorio.

Resumamos nuestro trabajo: Los calagurritanos asediados por los romanos no eran Vascones.

Ningún historiador los considera así, ni siquiera citan el nombre de Vascones aplicado a ellos.

Strabon nunca dijo que la Calahorra actual, es decir la que los romanos llamaban Nasica, situada cerca del Ebro, asediada por los romanos, fuese vascona.

Strabon se refirió a la Fibularensis, la que estaba próxima a Jaca y Huesca, en terreno vascón.

Habiendo caído la Calahorra actual el año 74 en poder de los romanos, es claro que no podría ser una de las ciudades en que, con Ilerda (Lérida) y Oska (Huesca), hiciera Sertorio "sus últimos esfuerzos" el año 72, puesto que se había perdido esa plaza dos años antes. Strabon se refería, pues, a la Kalagouris Fibularia, cercana a Oska, situada en los Vascones o próxima a ellos.

Y por todo ello queda en claro que, los asediados por los romanos en Calahorra no fueron, por lo tanto, Vascones, sino celtíberos.



EL CENTENARIO DE LA ELECTRICIDAD

Un vasco encendió, hace un siglo, la luz eléctrica en Buenos Aires

Allá, por el año 1853, cuando por las calles de Buenos Aires, el sereno pregonaba aún la hora con voz plañidera, y desempeñaba, al mismo tiempo, las funciones de meteorólogo, un joven vasco, el doctor Juan Etchepareborda, implantaba la iluminación eléctrica en la República Argentina.

Nacido en la Navarra francesa, en la sexta merindad del antiguo reino de Navarra, en el año 1823, tenía por consiguiente 30 años ese joven doctor en medicina, especializado en odontología, cuando, la noche del 3 al 4 de setiembre de 1853, ofreció a un grupo de amigos y colegas de la cátedra universitaria de Buenos Aires un espectáculo que pareció fantástico en aquella época. No era fantasía sino realidad fulgurante, ya que logró producir, ante los presentes, con equipo de gas hidrógeno a base de un arco voltaico y dos electrodos de carbón, una centelleante luz que casi los había enneguecido.

A la mañana siguiente ya había alcanzado la celebridad aquel vasco que bien mereció los honores que le tributaron a la sazón, y que se había embarcado, tres años antes, en el puerto de Bayona, en un barco de vela, para llegar a orillas del Plata tras un largo y penoso viaje. Su gran distracción, a bordo, era el estudio de la mecánica y de la electricidad que estaba entonces en boga en el continente europeo, merced al descubrimiento de Volta. Este sabio había inventado, en los albores del siglo XIX, la pila que lleva su nombre y puesto la electricidad en el primer plano entre las fuerzas de la naturaleza.

Decimos que el doctor Etchepareborda había alcanzado gran notoriedad en Buenos Aires, a principios de Setiembre de 1853, con esa luz que permitía, según un cronista de aquellos tiempos, que los seres y las cosas se vieran de noche con tanta claridad como en horas de pleno sol.

Sin embargo, hay que poner de relieve que ese joven profesional ya tenía renombre en los círculos científicos porteños, en 1852, al organizarse la Facultad de Medicina que le confió una cátedra. Tuvo, además, el honor de ser el único examinador en los casos de reválida de títulos extranjeros.

Pero, al margen de sus ocupaciones en la Facultad, en la casa, que era su domicilio en el barrio de Monserrat, solía dedicarse a experimentos que culminaron, en la noche del 3 de Setiembre de 1853, con la producción de una resplandeciente luz eléctrica. Un cronista de la época presentó el fenómeno en la siguiente forma:

"Fue un magnífico efecto el que produjo esa luz sobre los muros de las casas, sobre los muebles y sobre los mismos rostros. Semejante a una aureola boreal, esa luz eléctrica alumbra los espíritus y deslumbra sin herir ni fatigar los ojos; y sería sorprendente el espectáculo que ofrecería la Plaza de la Victoria, o algunos de sus frentes, iluminados por el admirable aparato del doctor Etchepareborda, en cuyo elogio debemos decir que es el primero, entre nosotros, que lleva a cabo esta clase de ensayos que demandan inteligencia, gastos y asidua contracción".

Este afanoso precursor hizo una segunda demostración el 10 de noviembre del mismo año, alumbrando el cuartel del Regimiento de Granaderos a Caballo, espectáculo que muchos porteños contemplaron, desde afuera, subidos sobre escaleras o carretas.

La tercera exhibición provocó el entusiasmo de la población de Buenos Aires con motivo de los festejos del 25 de Mayo de 1854, con la instalación de dos aparatos sobre la Recova Nueva, actual Plaza de Mayo. Esta iluminación tuvo más admiradores que los fuegos artificiales y, al describirla, anotó el diario *Crónica* de aquella época:

"La plaza estaba tan clara como el día, pudiéndose leer los caracteres de lápiz y aun retratar al reflejo de aquella luz hermosa".

Pasaron treinta años antes de que se adoptara, en Buenos Aires, la electricidad para alumbrado público. El doctor Etchepareborda que falleció el 27 de abril de 1892, tuvo la dicha de poder pasearse bajo las lámparas eléctricas después de haber alcanzado a ver alumbradas las calles de Buenos Aires renaciente por velas, aceite, querosene y gas.

El doctor Etchepareborda conocía perfectamente el idioma vasco, y es en *euskera* como solía conversar con sus connacionales a quienes prestaba, con mucha frecuencia, sus servicios profesionales. Al recordarlo acuden a nuestra mente los versos del poeta:

*Et le Basque s'en va, parfois, cherchant fortune,
Mais qu'il soit de Bayonne ou de Pampelune,
Ou des bords de l'Adour aux matins de cristal,
De Biscaye ou d'Ascaïn, de Soule ou de Navarre,
Il garde en lui, jusqu'à la fin, comme un avare,
La voix de son Pays Natal.*

La Asociación de Comerciantes y Empresarios de Electricidad de Buenos Aires ofreció un vino de honor, al conmemorar, este año, la fecha del 3 de setiembre. Esta Asociación, juntamente con entidades de otras ciudades del país, ha resuelto solicitar de las autoridades nacionales del país la institución del Día de la Electricidad en la República Argentina, el 4 de setiembre, todos los años, en recordación de ese gran vasco que fue el doctor Juan Etchepareborda.

Michel Iriart.

INFORMACIONES

Nuevo miembro numerario de nuestro Instituto. — El día 24 de octubre fue incorporado al Instituto Americano de Estudios Vascos, como socio de número, el Dr. José Antonio de Oría, perteneciente a las más ilustres entidades culturales de Buenos Aires, abogado eminente, catedrático, periodista y autor de muchos y muy preciosos libros. Llena la vacante de su difunto hermano D. Salvador, q. d. D. g. El 20 de noviembre, en el salón principal de la sociedad Laurak-Bat, fue presentado al público por el Presidente D. Martín Noel, y acto continuo pronunció su discurso de recipiendario, que versó sobre *Grandmontagne, gran periodista vasco-argentino*. Ambos discursos aparecerán, D. m., en el número 16 de este Boletín.

Cena en honor del director del Boletín. — Se celebró el mismo día 20 de noviembre en el gran comedor del Laurak-Bat, con selectísima concurrencia de socios del Instituto y colaboradores de la revista y otros simpatizantes acompañados de sus distinguidas consortes. El presidente, arquitecto Noel ponderó en adecuadas frases la labor del homenajead, a las que este contestó con palabras de agradecimiento, de reseña de la obra del Boletín en sus cuatro años de vida y sobre el esfuerzo solidario que su futuro mantenimiento requiere.

Certamen literario musical. — La Diputación de Guipuzcoa al cumplirse el primer centenario del "Gernikako Arbola" anunció un certamen que previo dictamen del Jurado integrado por los señores: presidente, don Miguel Sagardua; vocales: don Rufino Mendiola, don Julián Elorza, don Antonio Arrúe, don Angel Irigaray, don Ignacio Eizmendi (Basarri) y don Fausto Arocena, secretario, dio el siguiente resultado:

En el certamen literario, de las once composiciones presentadas se declaró desierto el primer premio y fueron otorgados cuatro segundos premios a los trabajos "Artola txiki", de Fernando Artola Sagarzazu; "Eskilantxarri", de Javier Azurmendi; "Erricoi", de Nemesio de Echaniz, y "Lizarreta", de Fabián Loiti. Además un tercer premio se otorgó a la composición "Aritza-lege", de Nemesio de Echaniz.

En el certamen musical, en la base 1a. se otorgó un premio a Francisco Escudero por su composición "Ne impedias musicam". En la segunda, a Tomás Garbizu por "Udazkera" y un segundo premio a Fray José María Arzuaga por su composición "Arantzazu-aldean". En la tercera, el primer premio fue para "Erdoizta", de Juan María de Ugarte, y el segundo para "Negua", de Tomás Garbizu. Además se creó un tercero para "Basoan", de Luis de Aramburu. En la base cuarta, el primer premio fue para la composición "Goiza", de Tomás Garbizu, y el segundo para "Errota-zar",

de Luis de Aramburu. En la base quinta se premió la composición "Da zabaltzazu, de Juan Urteaga y un segundo premio a la composición "Oitura zar zale", de Lucas de Guridi. En la base sexta el primer premio fue para Juan Urteaga por su composición "Bost" y el segundo para "Elurra", de Tomás Garbizu.

Además y fuera de concurso se recibieron composiciones musicales de Norberto Almandoz.

Distinción a monseñor Mathieu. — A propuesta del Ministerio de Defensa Nacional, ha sido nombrado Caballero de la Legión de Honor este ilustre prelado, obispo de Dax y presidente de la Sociedad de Estudios Vascos "Gernika". En la primera guerra mundial formó parte de la línea móvil que se desarrollaba entre los Vosgos y el Mar del Norte, recibiendo entonces la Medalla Militar y la Cruz de Guerra.

Eskualzaleen Biltzarra. — Ha celebrado su asamblea general de este año en Saint Jean le Vieux con actos muy lucidos y el ágape de ritual.

Musée Basque, de Bayona. — Está creando una sección fonética, a manera de anexo. En la comisión nombrada para el caso figuran M. Jean Etchepare, presidente; el benedictino P. Xabier Diharce, y otros consejeros del Musée y M. H. Gavel. Se trata de estudiar y fijar en discos los dialectos vascos y gascones de Bayona antes de que ese caudal de fonemas deje de existir. También se continúan allí los trabajos de instalación de la sala de obras y testimonios de la expansión vasca, que financia la ejemplar generosidad de D. Manuel Insausti.

Revista Gernika, Eman da zabal zazu. — En el editorial del número 24, cuyo índice — como de costumbre — damos en otro lugar, leemos: "Gernika hará un alto en su camino. Su próximo número será el último de esta etapa que fenece, la más larga y a nuestro entender, la más fructífera de su batalladora vida".

Nos sorprende la noticia, por eso mismo. Y esperamos asistir a su resurrección con el favor de cuantos se interesaron por mantenerla y difundirla y el entusiasmo de quienes al frente de ella desplegaron tan beneméritos esfuerzos. La era que vivimos no ha de ser la de la desaparición de las publicaciones vascológicas sino la de su mantenimiento y multiplicación.

In memoriam de Ramón M. de Aldasoro. — Pocas veces hemos asistido a una conmemoración aniversario tan concurrida, plena de emoción y hasta de recogimiento espiritual como la que en recuerdo del primer año de la muerte del inolvidable vasco se celebró en el Laurak Bat el miércoles 7 de octubre. Los discursos de los señores Urbano de Aguirre, Pablo Archanco, Carlos A. Erro, Fray Lucio de Arriortua, Margarita Imaz y Pedro de Basaldúa fueron escuchados con atención muda y vibrante, mientras nos ponían de relieve la personalidad y actuación del extinto. Descanse en la paz del Señor.

Extraordinaria Semana Vasca en Mar del Plata. — Va a celebrarse con nunca vista grandiosidad desde el 3 al 10 de enero de 1954. Abarcará todas las manifestaciones de la actividad de nuestro pueblo. Al efecto, en las salas de arte del Hotel Provincial